

AÑO XI.
Nº 476.

EL DIA

MONTEVIDEO,
MARZO 1º DE 1942.



EL ESTERO DE FERNANDIÑO. (Depto. de Rocha)

R. J. CARUJO
FOTOG.

EL TEATRO SAN FELIPE



TEATRO SAN FELIPE, EN LA CALLE 1º DE MAYO, VISTA TOMADA DE LA ESQUINA DE LA PLAZA ZABALA.

EN 1876 los ingleses Miguel y Eduardo Mulhall, redactores del "Standard" de Buenos Aires escribieron del coliseo de la calle 1º de Mayo:

"El teatro viejo de San Felipe inmediato a la Casa de Gobierno se dedica a la zarzuela o bulos franceses".

La casa de Gobierno — advierto entre paréntesis — era en ese tiempo el vetusto Fuerte en la actual Plaza Zabala.

Si señalar la especial dedicación del teatro no era justo en cuanto a despectiva, en lo de que era viejo y muy viejo tenían razón los redactores del Manual de las Repúblicas del Plata.

Pero, casualmente juzgaban del San Felipe en los años en que estaba próximo su último avatar.

Tal vez resuelta su reedificación y pendiente nada más de alguna consulta a su ausente propietario, un antiguo comerciante portugués, Don Juan Da Silva Figueira Henriques, introductor de vinos y azúcar, que venido con alguna plata del Brasil (temeroso de morir de fiebre amarilla, cuando la peste invadió aquel país) labró en la República una fortuna millonaria y más tarde retiróse a su patria donde falleció.

Hablando de este modo he mencionado las obras de San Felipe llevadas a cabo en los años 1879-80.

La historia global del teatro de la calle 1º de Mayo entroncada en la historia de la primitiva Casa de Comedias, resumiría un enorme capítulo de la vida teatral montevideana.

Plan demasiado vasto para una página periodística.

Procuraré estructurarla con unas cuantas noticias casi ignoradas a la fecha, provenientes de mis particulares "Libretas".

Ignoro por lo demás que exista bibliografía válida para traerla a contribución.

Los historiadores particulares de la capital haciendo lo que buenamente podían, solo realizaron hasta ahora labor escasa y a veces — ¡cuidado! — de una exactitud problemática.

*

Conocido simplemente por el Teatro la denominación de Teatro de San Felipe y Santiago data de fines de abril del año 1855, coincidiendo con las importantes mejoras introducidas en la incómoda y vetusta fábrica de cimiento colonial.

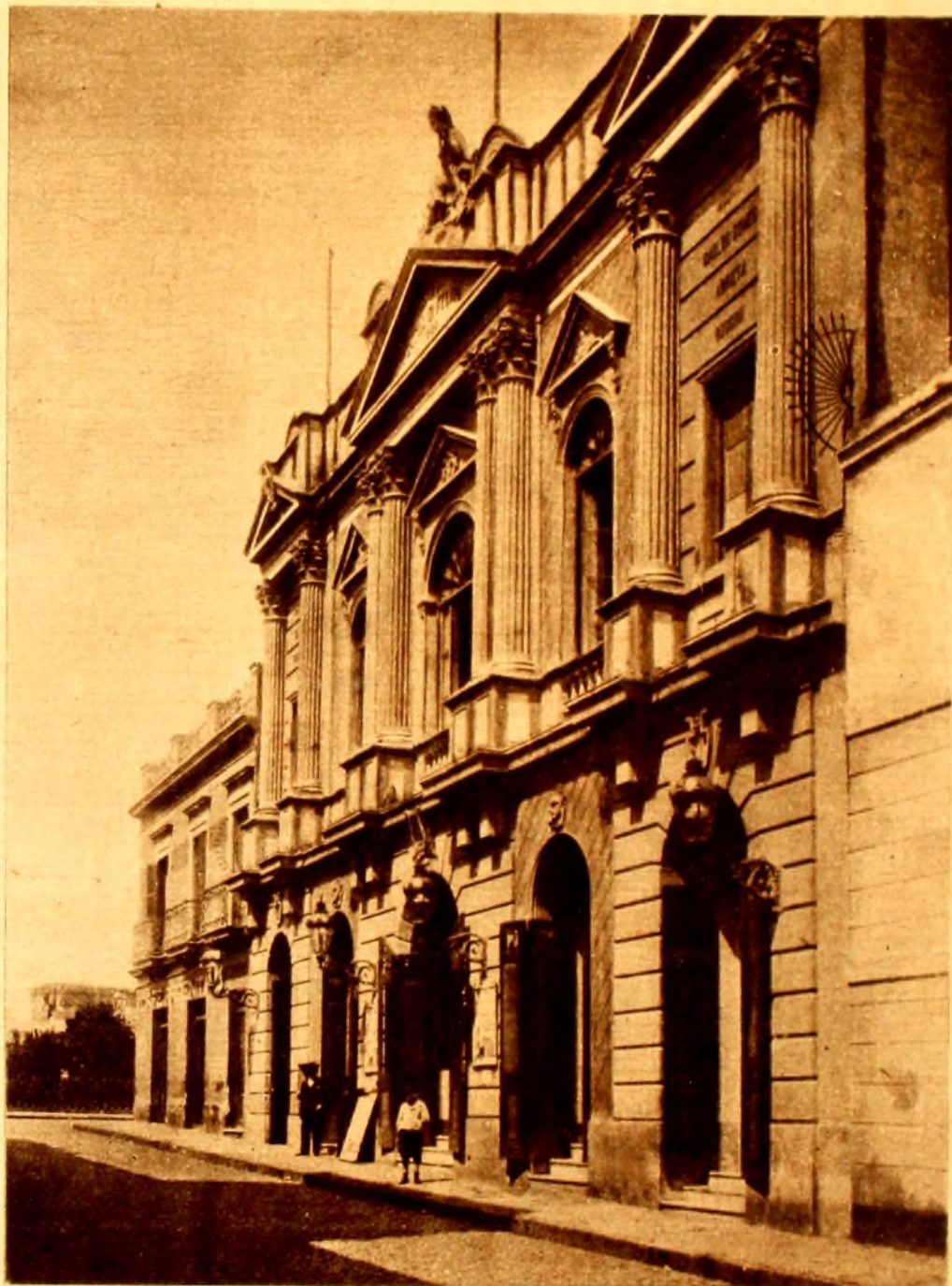
Previendo lo que pasaría después, cuando el público hizo apócope en el nombre

el nuevo estilo de la fachada que pretendía de gótico.

Pintándolas, apuntándolas y dándoles apariencia de mayores, el pintor hizo todo lo posible por traerlas a tono.

En la sala se sustituyó el papel de exaltados matices por otro que en vez de absorber la luz la reflejara lo más posible y en los corredores se cambiaron por una docena de quinqués medianamente decentes — unos faroles que daban menguada claridad y humo en abundancia.

La boletería — "Oficina de distribución y venta de entradas" señalada con el número 7 en la calle Primero de Mayo (a la sala correspondían los números 7ª y 7b) fué mejorada dándosele la amplitud que



TEATRO SAN FELIPE, VISTO DESDE LA CALLE 25 DE MAYO.

para adoptar el más breve de San Felipe, el coliseo, a raíz de su bautizo honrando a los patronos celestiales de Montevideo se llamó en los primeros momentos Teatro de San Felipe. Sólo algunos días más tarde, se anunció como Teatro de San Felipe y Santiago.

De acuerdo con el proyecto de un seudo técnico — el maestro pintor Antonio Casanova, los trabajos emprendidos en 1855 no se encaminaron sino a una reforma externa hasta donde lo permitiera la estructura básica del edificio y a la introducción de ciertas comodidades a la vez elementales e imprescindibles.

Entrada en este número la ventilación de la cazuela donde a poco andar el aire tornábase irrespirable.

A esos efectos se abrió en el frente una fila de ventanas pequeñas pero que compensaban las dimensiones con el número.

Por donde no había compensación posible era por el lado estético. Muy necesarias y muy útiles aunque no resultaran de ojiva acabada, desdecían mucho con

faltaba a un postigo por donde apenas pasaba la mano, y resguardándola un tanto de la intemperie.

*

Única sala de espectáculos de Montevideo, la actividad de San Felipe era inusitada en las décadas centrales del 1800, turnándose en ella varias compañías a la vez, y en las representaciones más disparates imaginables.

En 1856 — ejemplo que tomo al azar — actuaban distribuyéndose los días de la semana una compañía dramática italiana, una de comedia española y una gimnástica y atlética de "grandes números".

No contándose con San Felipe "no había caso".

Y el dueño no se rendía fácilmente ni escuchaba razones "de interés artístico superior".

Cuando vino de Buenos Aires el famoso pianista austriaco Segismundo Thalberg a mitad del siglo pasado, Montevideo no



FULGORES DE JOYA LUCIRAN SUS CABELLOS

Peinándolos con FULGURAL
FULGURAL es un fijador
líquido que domina el cabello
y lo matiza con reflejos
de oro o de azabache,
según sea su color.

FULGURAL ORO
Para cabellos rubios
o dorados

FULGURAL AZUL
Para cabellos negros
blancos o grises

Frasco \$ 1.15

En Farmacias y Perfumerías

FULGURAL

Depósito: URUGUAY 842 - Telef. 84431-32

ORLANDO PEDRAGOSA SIERRA EN SAN JOSE

EN San José conocí personalmente a Orlando Pedragosa Sierra, unos dos años antes de su inesperada desaparición.

Si quisiera escribir un artículo biográfico, poco me costaría hacerlo. Aquí, donde se mantiene tan vivo el recuerdo de Pedragosa, donde tanto se le quiso, me sería fácil obtener los datos necesarios.

No faltará quien realice algún día ese trabajo. Para él está reservada la satisfacción de ofrecernos la síntesis de una vida pura, batalladora y de nobleza vertical como fué la de Pedragosa Sierra.

Mi propósito es otro.

Prefiero recurrir a mis recuerdos y tejer con ellos la corona simbólica que ofreció a la memoria del gran amigo.

Comprendo que es poco lo que doy. Pero es mío.

*

En Montevideo me dijeron que Pedragosa (a quien yo no conocía entonces) vendría a vivir en San José.

Nunca estuvo, en realidad, alejado de sus amigos maragatos. Los visitaba con frecuencia y ellos le retribuían las visitas.

Ningún problema departamental le fué ajeno, ni nadie de aquí encontró jamás cerradas las puertas de su casa.

El golpe de Estado de 1933, lo sorprendió en plena actividad. Trabajando con un fervor sin fatiga por la causa del Batllismo, a la que había entregado su existencia.

No le pudo perdonar la dictadura tan intensa y eficaz actuación y lo hizo, como a otros luchadores, víctima de sus persecuciones.

Pero no hay adversidad capaz de mellar el filo de un carácter como el de Pedragosa.

Su entereza moral salió victoriosa de todas las pruebas a que la sometieron. Optimista siempre. Segura de que los triunfos del mal no son eternos y que las grandes batallas del bien no se ganan en un día.

Apenas hubo una insinuación de retorno a la normalidad, Pedragosa se vino a San José. A luchar bravamente, como en los tiempos heroicos, por el Batllismo.

Acaso el trabajo que se le presentaba era más duro que antes. Mucho que deshacer y mucho, también, que hacer. Había que combatir el engaño y la traición. Había que hacer huir al miedo. Desde abajo. Sin otras armas que las ideas.

Nada podía hacerlo vacilar. Político vocacional — en el justo significado de ambos vocablos, — Pedragosa amaba hasta el sacrificio su labor.

Le sobraban energías y aptitudes para hacerse rico, pero murió pobre. No dedicaba a las tareas puramente utilitarias sino el tiempo que la política le dejaba libre.

Y ese tiempo no pasaba de contadas horas al año.

*

Difícil era su misión aquí. Tarea oscura. Casi anónima. Encontraba al Batllismo josefino desorganizado y, lo que es peor, debilitada su fibra combativa.

Pedragosa empezó a visitar a los compañeros. Uno a uno. Desde el más encumbrado al más modesto. En la ciudad y en el campo. Contagió su entusiasmo y su fe. Aclaró horizontes. Abrió caminos. Señaló rumbos.

Y así, pacientemente, sin descansar un solo día, fué reconstruyendo las filas...

La primera vez que lo ví fué en una conferencia partidaria dada en un modestísimo local ubicado en una esquina de las calles San José y Colón.

Hablaba Pedragosa, ante un auditorio formado por cuarenta o cincuenta personas, del sacrificio de Brum. Con palabra clara, sencilla, convincente. Sin gritos. Sin gestos. Sin "pose". Como quien trabaja con honradez y voluntad de servir. Llegaba sin esfuerzo a la razón y la sensibilidad de los oyentes.

A los pocos días, vino a verme. Quería llevarme a la redacción de un diario batllista que él fundaría en breve.

—Usted dirá que estoy loco, — me dijo al notar mi asombro. — Nadie cree que en San José pueda vivir un diario y mur-

cho menos un diario batllista. Pero yo sí. Basta que todos trabajemos un poco en ello.

—Si usted lo cree...

—Lo afirmo. El diario se titulará "La Idea". Es un título que se le ocurrió a Don Pepe en otra oportunidad y que yo quiero emplear como un homenaje a la memoria del Maestro.

Todos los reparos que le opuse fueron pulverizados en un minuto. Comprendí que Pedragosa no era hombre de retroceder en una empresa, cuando la había rumiado bien.

El milagro se hizo. Salió "La Idea", y aun sigue saliendo, pese a las dificultades que le creó la muerte de su fundador.

En cuanto a mí, desde esa primera entrevista me sentí íntimamente unido a Pedragosa. Como si nuestra amistad tuviera muchos años.

Tal era la franca, la honrada cordialidad que fluía de aquel hombre.

*

Después de eso nos veíamos casi diariamente, hasta que volvió a radicarse en Montevideo.

En el diario como en las reuniones partidarias, era siempre el despertador de energías. Su dinamismo no conocía el

consancio.

Eso le daba derecho a criticar, a veces, nuestra quieta comodidad. Lo hacía sin acritud, pero con firmeza.

—Si hay algo que no disculpo — le oí decir una vez — es la negligencia en asuntos partidarios. Hay que dejarlo todo, por importante que nos parezca, cuando el Batllismo nos llama. Los que así no lo hacen, no son buenos afiliados.

En ningún momento asomaba en él el caudillo. Claro está que su experiencia política y el conocimiento que tenía de todos los resortes legales, lo colocaban en un primer puesto que ninguno pretendía disputarle. Pero estaba allí como a pesar suyo. Se empeñaba en que las cosas no ocurrieran así. Quería ser uno más, no el primero.

Una noche, en su casa de San José, alguien habló de sus méritos.

Pedragosa rechazó cortésmente los elogios que se le prodigaban.

—He hecho menos de lo que quise hacer. Queden los elogios para quien los merezca. Me basta con el aprecio de ustedes. Y no vayan a creer que soy modesto.

Sé que los vanidosos también se mueren y por eso la vanidad me parece una tontería. No ignoro lo que son los grandes

(recuerden que estuve mucho tiempo al lado de Batlle) y no puedo engañarme. Agradezco, pues, la generosidad con que me juzgan. Pero déjenme aquí, en mi sitio, donde me siento muy bien.

Era tan serio, tan hondo, tan sincero su acento, que todos nos quedamos callados.

*

Al llegar al final de esta nota, me pregunto porqué la he escrito.

Tal vez para dar salida a la emoción que me trae el recuerdo de Pedragosa.

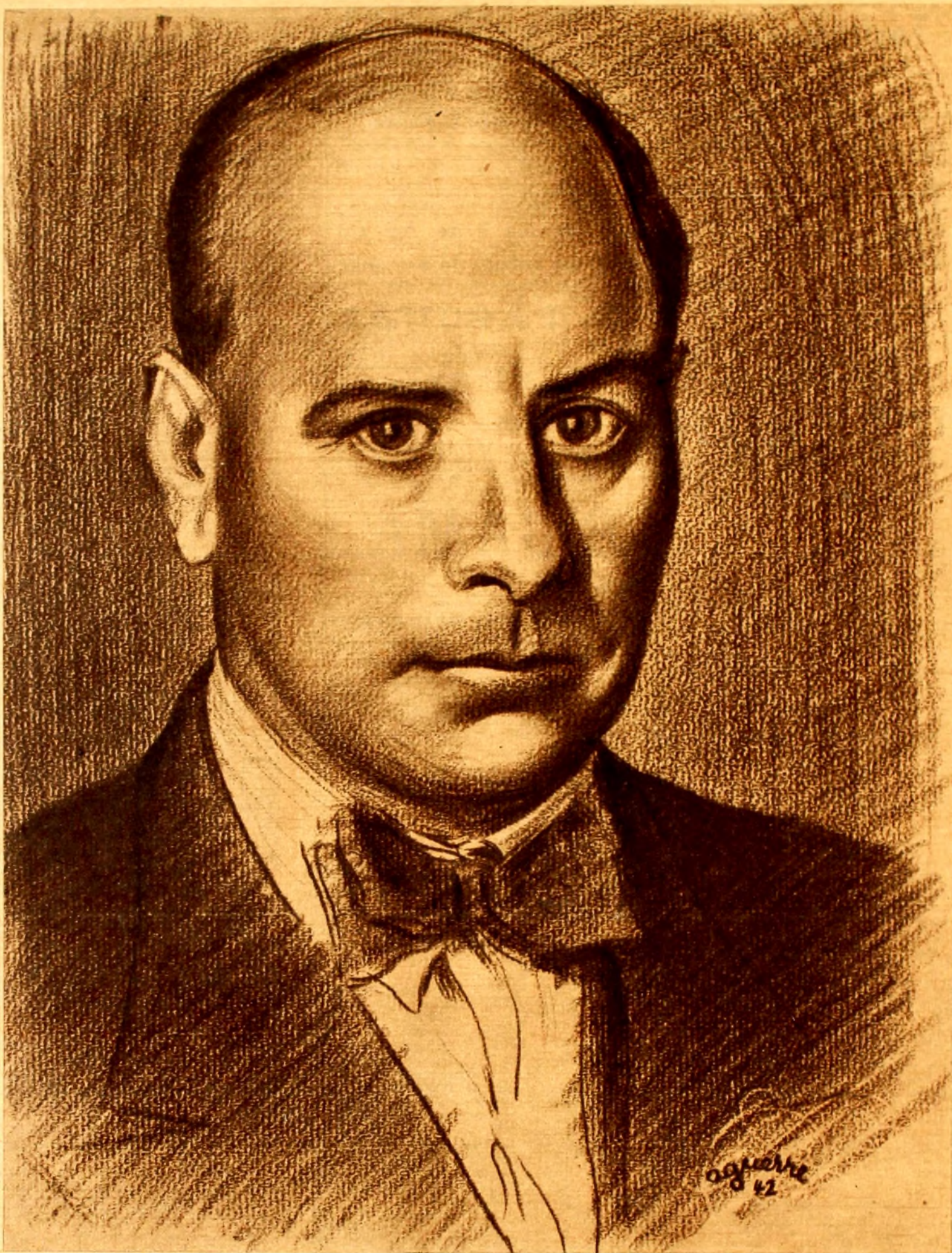
Cuando asisto a las reuniones partidarias, cuando visito "La Idea", me cuesta creer que él no esté con nosotros. A veces pienso que lo voy a ver y oír de nuevo, alentándonos y aconsejándonos.

Lo mismo les pasa a todos los batllistas de San José. Hasta en el más humilde rancho de nuestros campos se mantiene encendido el recuerdo del gran luchador.

Pedragosa fué de los hombres que saben identificarse con el pueblo. Con sus dolores y sus alegrías. Con sus luchas y sus esperanzas.

En eso está dicho todo lo que fué. Lo que yo quise decir y no pude o no supe decir en estas líneas.

Manuel BENAVENTE.



Dibujo de Aguerre.

PRESENCIA DE COLONIA EN LA NOCHE

HAN cesado los viajes. Paisajes, hombres y cosas de los cuatro puntos cardinales de nuestra tierra se confunden, entre recuerdos y meditaciones, en la mente del viajero que realmente comienza a tener conciencia del tiempo viajado cuando se detiene en el lugar en que habitualmente transcurre su vida. En este caso, detenerse es comenzar a recordar. Los viajes cobran existencia verdadera después de realizados, cuando el viajero se convierte en espectador de sí mismo, moviéndose en la delicada niebla de la nostalgia evocativa.

Desde la cárcel, el infortunado peregrino don Miguel de Cervantes Saavedra, inmortalizado entre cuatro frías paredes sin visión real de caminos, inicia la inmortal historia de su caminante con el ritmo lento de todo tiempo pasado:

—“En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo...”

Y en la poesía humana de las coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre:

**Recuerde el alma dormida,
Avive el seso y despierte,
Contemplando
Cómo se pasa la vida...**

Después continúa afirmándose en la evocación:

**Cómo, a nuestro parecer,
Cualquiera tiempo pasado
Fue mejor.**

El recuerdo prolongará la vida:

**Y aunque la vida murió,
Nos dejó harto consuelo
Su memoria.**

Ya el viajero va dejando sus meditaciones. Desde una terraza y a través de una cálida noche montevidense se interna en las añoranzas de otra ciudad del sur...

SE INICIA UN DIALOGO

El viajero dice:

—Muévete, recuerdo, en el dulce tiempo vivido en las anchas rutas.

El recuerdo le responde al viajero:

—No olvides aquella noche sentida en Colonia.

Se hace un leve desconcierto en el alma del viajero:

—¿Por qué de todas mis noches vividas lejos de aquí, me señalas ésa?

Como respuesta el silencio, sólo el silencio...

ASOMA LA HISTORIA DE UNA CIUDAD

En la noche se abre como un abanico de ensueños, la ciudad que nace entre el correr de dos ríos en el año 1680, un primer de enero, hace doscientos sesenta y dos años, fundada por los portugueses. La ciudad resiste cinco sitios —“manzana de la discordia” entre España y Portugal— pasando al final a poder de los españoles

que la destruyeron en su casi totalidad, haciendo desaparecer ante los temores de las reconquistas, noventa años de esfuerzos constructivos que no fueron capaces de detener las iras de un virrey.

Se aleja la historia con su enumeración de hechos pasados.

CALLES A LA LUZ DEL DIA

Colonia se pierde en la violenta luz del día. Observa el viajero sus calles al sol, abiertas a la impresión fugitiva del turista que pasa velozmente hacia Montevideo o Buenos Aires. El viajero ve las diferencias que hay entre él y el turista. Este último encuentra en los viajes el pretexto necesario para escapar de sí mismo. Desea pasar. Jamás podrá vivir la madurez del recuerdo. El viaje no consiste en vencer distancias. Es necesario que actúe la simpatía dirigida desde el interior sonoro hacia afuera, penetrando en toda la realidad que aparece por primera vez y, ¡cuidado!, que no se repita aquello de “tienen ojos y no ven... tienen oídos y no oyen”.

El viajero experimenta. El turista enumera.

El que pasa velozmente por las calles de Colonia, a la luz del día, nada ha visto.



CASAS DE DOS PISOS, DE CAL Y PIEDRA.

Hay que esperar, sin impacencias, la llegada de la noche.

COLONIA EN LA NOCHE

Ya domina la noche en la ciudad. Surgen sombras tranquilas... Entra en reposo la dinámica del día. El espíritu del viajero también. Ahí, al alcance de sus miradas, está la larga calle principal de Colonia, con su inmensa plaza alegre, con risas y pasos triunfantes de muchachas frutales que animan la estática de la noche.

Es una impresión del viajero: el día es movimiento y la noche, balsámica quietud.

En acogedora soledad y silencio se inicia el reflexivo vagabundeo por la calle principal, hacia el sur...

Ya está el viajero junto al río grande como mar, en los viejos barrios que parecen irse en paulatina entrega nostálgica de pasados tiempos.

BREVE REFLEXION ACERCA DEL RIO DE LA PLATA

Este y oeste. Nuestro río hacia el este va siendo cada vez menos río, hasta juntarse con el Atlántico. Es azul, verde. Se agita y canta en la noche. Sus aguas se dan en ágiles olas que se levantan jubilosas. Aguas saladas y violentas cantan permanentes alegrías en los desnudos cuerpos jóvenes. A lo lejos es eterno el diálogo de la luz, el agua y el infinito.



UN ASPECTO DE LOS SUBURBIOS DE LA CIUDAD.

¡Ah, la sinfonía de claridades marinas! En el oeste...

Continúa, en la noche, la reflexión del viajero.

Aquí las aguas no se mueven y aparecen como una gran sombra detenida en la noche. Río callado, sin voces. ¿Qué pasa?

El río está muerto. Gime, en lejanía, una música de tango. Se oyen palabras entrecortadas. El viajero se interna por una callejuela. ¿Y estas luces que desaparecen para volver más tarde? ¿Y este diálogo truncado por un golpear de puertas?



PARTE DEL VIEJO MURO DEL CONVENTO DE CAPUCHINOS, JUNTO AL FARO.

Adiós... Gime el tango.

Sinfonía en negro mayor, junto al río en el oeste.

CAL Y PIEDRA EN LA NOCHE

Una voz antigua de cal y piedra en la noche es guía del retorno. Ya la oscuridad no empuja al viajero. Su sombra se mueve en la mansa luz de la luna. Se detiene en las callejuelas. Continúa... Está frente a un resto del antiguo muro del convento de Capuchinos. Su infancia se anima en recuerdos y se acerca a los olvidados bancos escolares. Un niño abre en ellos las páginas de la historia patria. Decían: “El edificio de la iglesia, colocado sobre una pequeña eminencia, hacía lucir sus torres a larga distancia...” Ahora, en el mismo lugar, está la generosa luz del faro, alumbrando las distancias de los navegantes.

Cal y piedra en la noche...

Viejas casas deshabitadas, muestran siglos.

Vuelven las delicadas manos de un niño a mover las páginas de la historia patria. Lee: “Las casas eran todas de cal y hermosas ventanas...”

Hermosas ventanas... ¡Ay! ¿Dónde estás? La luna huye a través de vosotras y os quedáis mostrando una desolación absurda.

Ha pasado la media noche. Otra vez el silencio, sólo el silencio...

REGRESO

Por la calle principal de Colonia vuelve el solitario viajero al hotel. Cruza la plaza en penumbra, sin risas ni pasos triunfantes de muchachas. La calle es larga y limpia. La luna brillante en la noche alta es indiferente a las cosas de la tierra.

Ya no se oye la voz antigua de cal y piedra en la noche.

Nicolás FUSCO SANSONE.

(Fotografías del autor).



PLAZA DE TOROS DEL REAL DE SAN CARLOS, SIN SANGRE NI ARENA.

HEIDER FORNIO
AVDA. 18 DE JULIO 1022

ALBUM FOTOGRAFICO

DOCUMENTE EL PRESENTE DE SU VIDA
QUE SERA MAÑANA SU PASADO EVOCADOR

Michel

EL REY DE LOS
LAPICES LABIALES
3 tamaños-8 colores

DISTRIBUIDORES:
J. A. LABAT & C.^{IA}
EJIDO 1363

Para el vello

El método más práctico para disimular el vello de la cara y brazos es aplicarse con frecuencia la manzanilla Verum con un algodón. De este modo se decolora, se hace invisible y no crece. Este método francés es mucho más eficaz que usar depilatorios que podan el vello y luego lo hacen crecer más, más grueso y visible. Se encuentra ahora en las farmacias en frascos económicos.

CANAS



TABLETAS "DE SANTO"
UNICAS EN EL MUNDO PARA TEÑIR
LAS CANAS EN POCOS MINUTOS
en los siguientes tonos
CASTAÑO-CASTAÑO CLARO
CASTAÑO OSCURO, NEGRO, RUBIO

NATURALIDAD SORPRENDENTE!!

SE VENDE en CAJAS de 1 TABLETA
Suficiente para teñir una
abundante cabellera.
En venta en todas las
farmacias y droguerías.

70

DISTRIBUIDOR
Fco ALONSO ADAMI
RONDEAU 140 TEL. 84884
INTERIOR: AGREGAR 607 PARA FRANQUEO
INDICAR COLOR.

Nueva Pasta
Antisudoral corta la
Transpiración axilar
sin dañar



1. No quema los tejidos, no irrita la piel.
 2. No hay necesidad de esperar que se seque. Puede ser usada inmediatamente después de afeitarse.
 3. Corta la transpiración. Su efecto dura de 1 a 3 días. Desodoriza el sudor.
 4. Es una pasta pura, blanca, sin grasa, que no mancha y desaparece íntegra en la piel.
 5. La Pasta Antisudoral Arrid es inofensiva para los tejidos.
- Se han vendido ya 25 millones de potes de Arrid. ¡Pruébela hoy mismo!

Pasta Antisudoral

ARRID

Tamaño económico triple . \$ 1.50
Tamaño chico " 0.70



PUERTA DE LA IGLESIA DE SAN IGNACIO. MISIONES.

RECUERDOS DE LAS MISIONES JESUITICAS

PUEDE asegurarse que el día en que Carlos III de España firmó a su ministro el Conde de Aranda, la real orden por la cual se expulsaba a los jesuitas de sus colonias de América, derrumbó de un soplo toda la más grande obra de paciencia y amor que una congregación religiosa pudo haber realizado sobre la tierra.

Las misiones jesuíticas, verdadero ensayo sociológico, que se iniciaron hacia 1610 por visión del padre Claudio Acquaviva, que dió orden, en su calidad de General de la Compañía de Jesús, al padre Diego de Torres, Superior del Colegio de Asunción del Paraguay, para que ocho sacerdotes exploraran el territorio del actual Estado argentino de Misiones e informaran de su clima, producciones naturales y carácter de los aborígenes. Esto dió lugar más tarde, a que miles y miles de indios guaraníes ubicados hasta en treinta y tres pueblos, llegaron a formar centros de trabajos perfectos, que hubieron de servir de ejemplo para alejar al producto autóctono de la vida miserable que aún llevan sus remotos descendientes.

*

Instalado el jesuita en aquella región maravillosa de lo que se dió en llamar Provincia de Guayrá, vastísima zona de ri-

cas tierras, buscada de intento para sustraer a la gente de todo contacto con el español, que no podía mirar con buenos ojos a los soldados de Loyola, que les quitaban con los indios el pingüe negocio de las encomiendas, empezaron una instrucción suave, llegando primero a su corazón antes de llevar luces a su cerebro infantil. Luego de ganada su voluntad, cuando el guaraní se hallaba cómodo en la misión y olvidaba que esos hombres blancos eran de la misma raza de los conquistadores, la tarea se hizo fácil, es decir, fácil para la paciencia de esos varones, que no ahorraron ningún esfuerzo para lograr la finalidad que se habían propuesto.

La vida en las reducciones era una mezcla de labores y de juegos, matizado el todo con festividades religiosas. Hicieron olvidar al indio su natural apatía, adormeciendo su bravura y entreteniéndole en tal forma, que luego hacían su trabajo con verdadero placer.

En las mañanas marchaban a sus tareas llevando el santo que correspondiera a las más próximas festividades, y al son de cánticos religiosos se desparramaban por el campo donde se les había enseñado agricultura racional, sembrando maíz, algodón y yerba mate. Recoñían miel y además trabajaban en veinte ocupaciones di-

versas, probando esta aseveración los utensilios que inventarió Bucarelli, cuando ascendió al Paraguay con siete mil hombres de guerra para cumplir el encargo de expulsión, pensando sin duda que los jesuitas iban a resistir, para afirmar el pretendido Imperio que a esa orden religiosa se le atribuye. Había en las misiones, material para trabajo de platería y decorado; tornero, carretero, albañiles, sombrereros, fábrica de instrumentos musicales; carpintería, barrileros, curtidores, retablistas, escultores, etc., etc.

Un autor alemán, dice que los jesuitas domoñaron al indio por el influjo de la música, y aunque ella, luego al dejarles su propia inspiración fué como siempre lánguida y monótona... pentagónica como de reminiscencias incásicas, y así conservase todavía en el norte argentino o en el oriente paraguayo... vino a proporcionarles un refugio artístico, para su fondo naturalmente romántico, como consecuencia de habitar una región paradisíaca, con facilidad de alimentación y con todas las creencias y leyendas de la selva en que vivió.

Con esa música, mezclada por los religiosos, se cantaba y bailaba hasta en las iglesias, pero más bien como derivación espiritual, acomodado a su simpleza de entendimiento, que de otra manera no hubieran tenido interpretación los cantos litúrgicos.

Lo que hoy se tiende a efectuar con los indios de los diversos países de América, dándoles instrucción en su propio idioma, los jesuitas lo hacían hace tres siglos en sus misiones y en 1639, el padre Antonio Ruiz de Montoya, superior del Guayrá, mandó imprimir una gramática y un catecismo en guaraní, siendo base principal en la educación de cada sacerdote que llegaba, aprender esa lengua y con su propio idioma y palabras conducirlos por el sendero de un trabajo equitativo, laborando cada cual lo suyo, de acuerdo a su disposición o vocación, saliendo de sus filas lo mismo un agricultor que un tallista, un decorador o un platero. Poetas también los hubo y cada nuevo intento en el sentido del arte, tuvo aceptación primordial y premio de parte de los jefes de las misiones. Nada se perdió allí, ningún esfuerzo quedó estéril, y el mejoramiento sucesivo llevó a los reductos al más alto grado de eficiencia... relativamente hablando.

*

Cuando las reducciones estuvieron asentadas en el terreno elegido y ante la amenaza de los terribles mamelucos, que llegaban en hordas desde la Villa de San Pablo en el Brasil, para hacer prisioneros y convertirlos en esclavos, los misioneros solicitaron y obtuvieron por 1640, el permiso para proveer de armas a sus indios, formando batallones a quienes dieron instrucción militar, los sacerdotes que hubieran sido antiguamente soldados.

Una vez por semana, evolucionaban y cada mes hacían ejercicios de tiro, con premios al efecto de una mayor dedicación.

Pero ellos no necesitaban estimulantes, que su mayor aspiración era llegar a manejar un fusil y sentirse elevados con él hasta compararse a los blancos.

Así se formó en realidad un ejército que ayudó en más de una ocasión a las autoridades de la Colonia, portándose bajo las órdenes de oficiales españoles, a la altura de los soldados veteranos. Otros cuerpos sirvieron de policía en sus pueblos y tanta disciplina agrandó su fama hasta provocar temores en Bucarelli, cuando llegó a Buenos Aires para expulsarlos, previendo aquella resistencia que no existió, al entregarse los jesuitas tranquilamente.

*

Al crecer los pueblos y asimilar sus habitantes las sabias enseñanzas del "Paí tuya" (Padre viejo) y del "Paí mini" (Padre joven) que componían generalmente el personal religioso-administrativo de cada pueblo, estas agrupaciones prosperaron en tal forma, que además de comercio interior entre ellos, pudieron dar salida al exterior de sus excedentes, para lo cual formaban grandes expediciones anuales, bajando en jangadas hasta Santa Fe y Buenos Aires, donde los representantes de la misma Compañía de Jesús, se ocupaban de evitar los engaños a sus pupilos. Al respecto dice Juan José Rico: "Llegadas las balsas al término del viaje, se presentaban los indios al padre procurador con la lista de los efectos que llevaban y de lo que deseaban traer de regreso; lista que también tenían los indios en guaraní. Los efectos rotulados y con el nombre del pueblo que los enviaba, eran colocados en depósitos hasta hallar la oportunidad de venderlos, y cuando lo habían hecho, procuraba el padre los objetos pedidos cuanto antes y despachaba a los indios para no tenerlos detenidos tanto tiempo fuera de sus pueblos..."

Algunos de esos indios se daban en ser-

vicio en la ciudad, mientras duraban las transacciones, y con el producto de su trabajo podían comprar algunos regalos para sus familiares.

Este comercio debió hacerse, además de la razón lógica de dar salida a los excedentes, para que cada indio pudiera pagar al rey de España el impuesto de un peso plata por cabeza, con que se gravaba a los súbditos de esta colonia.

Además del trabajo que cada cual prestaba en su pueblo, dentro del predio que tenía señalado, entre todos o por grupos a elección, estaban obligados a colaborar en el "tupambaé" o "Campo de Dios", cuyos frutos y ganados se vendían para con su producto reparar las iglesias o proveerlas de lo necesario, así como también venía a ser fondo especial de reserva para mantener a los inválidos que no podían trabajar ni procurarse el sustento.

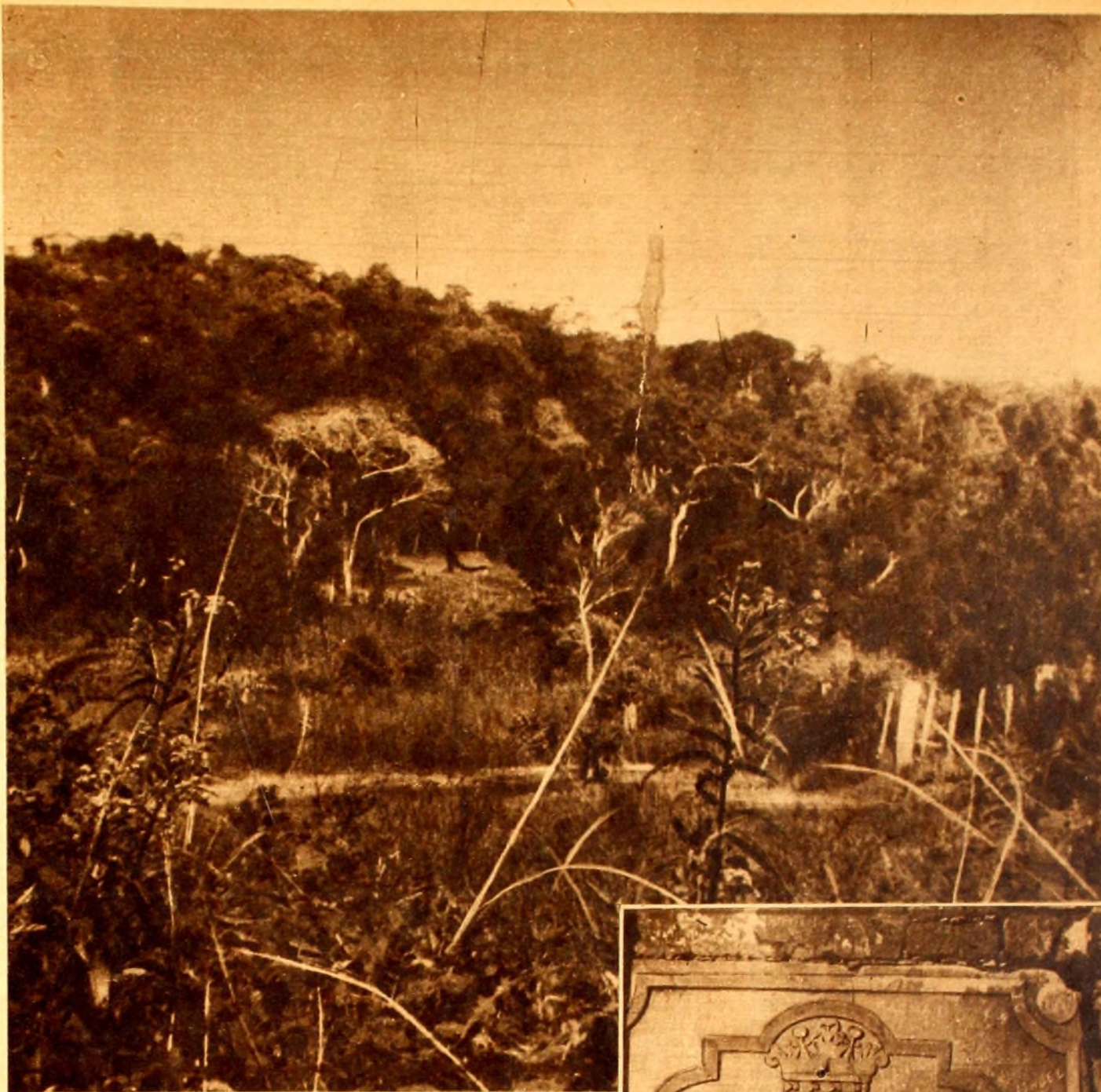
Para evitar que los indígenas en su natural holgazanería abandonaran el trabajo, o sembraran nada más que para mantener a su familia, los jesuitas escogieron algunos indios de superior inteligencia "a quienes dieron título de Alcaldes", que recordaban a los missidominici de Carlomagno, pues tenían la misión de recorrer las chacras y observar la cantidad de tierra sembrada, el buen estado del cultivo, y la intensidad del trabajo, información que a su vez era verificada por el misionero quien en persona recorría algunas tierras de labor, para asegurarse la ecitud de sus informantes" (1).

Como dijimos al principio, toda esta obra de paciencia y años, se derrumbó, pues los mercedarios, franciscanos y dominicos que llegaron a reemplazar a los jesuitas, no acertaron a ensamblar con el método anterior, y los indios, un poco tal vez por solidaridad con sus antiguos maestros y un mucho por no hallar en los nuevos sacerdotes la comprensión de sus antecesores, abandonaron el trabajo, dejaron los pueblos y volvieron a sus montes, estando al poco tiempo en las mismas condiciones en que fueron hallados sus abuelos 150 años antes.

Las poblaciones fueron convirtiéndose en ruinas, a las que invadió la selva, sin perdonar ni a los recintos sagrados, como si ella también se uniera a la protesta indígena y quisiera borrar toda huella de aquel ensayo cuyos frutos tendríamos a la fecha en grandes proporciones.

*

Hace un tiempo tuvo el autor la oportunidad de visitar la antigua reducción de San Ignacio tal vez la más grande por haberla dedicado al fundador de la Orden. Esas ruinas producen al visitante la im-



HASTA LOS ARBOLES SE ARRAIGARON ENTRE LAS PIEDRAS.

UN RANCHO QUE SOLO ES PUNTO PERDIDO EN EL BOSQUE.

presión inmediata de soledad absoluta. Los largos muros aún erguidos, carentes de techos, se hallan cubiertos de musgo que se ganó en los intersticios de las piedras, y allí donde pudo germinar la semilla que el viento trajo, llegó a formarse un árbol, que aferrándose a las junturas, medrando en la tierra acumulada por los años, creció en ambos sentidos, y mientras la copa ganó altura, sus raíces pretendían llegar al suelo. Esa terrible lucha por subsistir se advierte por doquier, especialmente en los naranjos de la reducción, que a fuerza de sentirse ahogados entre los colosos que los rodean, se estiran hacia las nubes, buscando tibiezas de sol misionero y alargando sus tallos hasta parecer álamos y no naranjos, que difícil fuera conocerlos a no pender las muestras del dorado fruto, doblando y aún rompiendo las ramas endebles.

Todo el pueblo conserva su antigua distribución; el mismo campo de juegos y evoluciones, cercado de piedras de gran tamaño; las casas de los sacerdotes en cuartos simétricos con su hornacina.

La iglesia de San Ignacio debió ser monumental, con robustas paredes de 1,60 m. de espesor, con entradas obstruidas en parte por montones de escombros y verdaderos bosques de maraña sobre sus trancas paredes, donde anida la calandria partera y hace cabriolas la urraca paraguaya, de manto amarillo y negro, que aguaita al visitante con su pupila color de cielo.

Las paredes están cuajadas de leyendas, eterno muestrario de turistas, que en sus afanes de llevarse recuerdos, obligaron a las vecinas autoridades de la Villa de San Ignacio, a colocar sobre las ruinas unos carteles que dicen: "Prohibido grabar leyendas o llevarse piedras"... pero tanto da!!... que si algún caso se hace... ese es: NINGUNO!!

(1) Jorge Cabral: Conferencias sobre las Misiones Jesuíticas en el Río de la Plata.

R. BELLANI NAZERI.
(Fotografías del autor).



LAPIDA CON LOS SIGNOS JESUITICOS. SAN IGNACIO. — MISIONES.



LA SELVA INVADIO LOS DERRUIDOS MURROS DE UNA CONSTRUCCION JESUITICA.

FERNANDIÑO: EL ESTERO

I

QUEREMOS verlos, cruzar el bañado, hallar por fin unas tímidas alturas, cerillos casi de juguete, pero que opondrán su pequeño obstáculo a la mirada que se adormece en la identidad de las llanuras desiertas, en donde las palmeras hamacadas por la brisa parece que acuestan el alma del hombre en el recóncito imperio del sueño. Necesitamos un ritmo nuevo, una tierra que de pronto se levante como el pecho de un atleta, un árbol de encrespado capricho que mezcle su desorden a la fatigosa geometría de las palmeras, un campo que desgarré el tedioso perfil y quiebre la monotonía de la perfección. Corral de Palma, llanura y palmeras, todo es igual a sí mismo. Se diría que nuestro oído no cesa de oír, interminable, el gemido canto de una fuente en la media noche, o que nuestra pupila hubiese atado su mirada al azul de un eterno mediodía.

Tres caballos cuyas riendas empuja Saturnino, ponen en movimiento al carro donde viajan ahora nuestros camaradas. No todos. Algunos van a caballo, y los menos, yo entre ellos, a pie, más que nada por el goce del esfuerzo y por el tacto agradable y tónico de la tierra.

A poco andar debemos decidimos sobre un estero de escasa anchura; subimos a un bote de hierro y somos arrastrados por el caballo que maneja, con gaucha habilidad, don Carlos Frone. Nuestra pequeña embarcación, a fuerza de ir y de volver siempre por el mismo trecho durante días y más días, ha abierto un claro en el espesor de la esponjosa vegetación acuática, con lo que permite ofrecer un espejo enmarcado en el verde suave de los camalotes, al impecable celeste de las alturas.

Promedia la mañana. El sol equidista de la aurora y el mediodía. El verano quema su luz sobre el desierto y el aire hierve sobre el polvo y la hierba. En el llano, el resplandor parece ondular un oleaje casi marino, como si los nervios de la tierra lo estremeciesen al sentir su tacto finísimo. De pronto en el viento se peinan y despeinan, a izquierda o a derecha, altos pajonales bravíos, donde la vibora escribe sus "eses" mayúsculas en caracteres esmaltados por el fuego del estío. Un churrinche se posa en una rama, tan fina, que imagináis que se sostiene en el aire. Luego sube, tan rojo, que se diría un dardo volando con la herida que acaba de abrir. Su canto muele chispas en la brasa del pecho. Repentino, quiebra su vuelo sobre el vuelo de un insecto de verdes fulgores, que queda engarzado como una breve esmeralda en el latido de un rubí viviente. ¡Juegos de imágenes prodigiosas sobre el oscuro drama del hambre!

II

Hemos andado no menos de dos leguas, cuando, instantánea, interrumpiendo nuestra travesía por unos pajonales que suben sobre nuestra cabeza sus filos varillales, surge la dormida cavidad de una laguna, que centra, con su ojo de luz, una suave depresión del campo. La pereza del mediodía es un desmayo de oro sobre la dulzura del agua. El contorno de la laguna está casi anillado por una majada de ovejas y corderos, orla de blanca sed que engarza el resplandor del zafiro. Un sauce único pliega sus ramas nuevas y flexibles lavando sus puntas en el agua. Esta eriza su luz viva, y un temblor enrula su claro

silencio. Algunas yeguas de ágiles crías y de ariscos resabios, beben el líquido en sorbos que hacen ondular las gargantas hasta la juntura del pecho. Máxima serenidad la del buey hundiendo sus belfos en el fresco azul, los ojos bruñidos en la imagen perfecta, el vasto cuello inclinado por el yugo de la sed. Vuelan y zumban tábanos martirizantes. El laborioso homero grita su júbilo contemplando el barro, dócil a su arquitectura. El perro que nos acompaña salta y zambulle fiesta de diamantes sobre su pelaje de abismo. El martin pescador, ave-rayo, sube en su pico un pez de nervio y plata, y flecha el aire con el arco de los instintos. Bajo la vívida transparencia, y entre el peso frío de la laguna, la tortuga arrastra su labrado guijarro. Los insectos vibrantes, pulso y vértigo, humedecen su vuelo, mientras rayan con su lustre metálico la quietud cristalina. En el fondo del mágico espejo las anchas vacas contemplan la duplicada amenaza de las águilas. Dormidas para siempre en la muerte, hacia un lado, se desclavilan, entre las hierbas jugosas y aromáticas, las osamentas de los toros ardientes, que acaso en una lejana seca, soñaron junto al lodo caliente, la frescura del líquido imposible. Mariposas de oro y ébano, de amatista y ópalo, improvisan flores en los flexibles funcos, o juegan en el aire como los sueños de una frente pura. Enamorada de la vida que ella misma crea y sostiene, el agua, ejerce su imperio sobre todos los seres. Su ojo celeste atrae e hipnotiza. Si miráis las ramas del sauce, parecen anudadas a la misteriosa profundidad de la pupila dominadora...

Esta hora y las otras horas del día, han de correr muy pronto. La tarde azul habrá de irse, sueño de la luz sobre los palmares. Naufragará, barca de los matices, el crepúsculo arcano. Y luego, entre un ebricio cielo de estrellas y su temblada imagen en el zafiro de la laguna, unísonos, idénticos, lejanos, los sapos y las ranas, cantando a la luna romperán sus cristales en las alas invisibles de la brisa.

Dos horas de sol incesante congestionan nuestro rostro y tuestan nuestra frente. El tuego se pega a la ropa y levanta chispas del sudor de las manos. La marcha enérgica ha reseca nuestros músculos, y las arterias calientes reciben del corazón el pulso de su martillo de púrpura. Toda la vida se ha hecho sed en la fragua del esfuerzo. Los ojos se adelantan a la boca y sorben el agua en la claridad celeste de la imagen. Suavemente, para no espantar a los hermanos corderos y a las hermanas ovejas, nos aproximamos a la ancha pupila del agua. Arrodiados en un resalte de lodo y hierbas, nos inclinamos a su tacto dichoso y fresco. Una sed, más salvaje todavía, acuchilla la boca. La enorme pupila azul nos aguarda con una vasta amorosa mirada, que puede ser bebida. Zumban los hermanos insectos y cantan las hermanas aves. La brisa parece mover junto a nosotros los viejos fantasmas de los indios, atraídos por una primitiva curiosidad. Hundimos la cabeza entera, cristal del pensamiento, en el cristal del agua. Juntamos vida con vida, idea con idea, amor con amor. Y bebo entonces con sed de potro y gozo de pájaro, en un sagrado pacto de sencillez e identidad, que parece sellarse en la atónita mirada de los animales. ¡Hermana agua! Levanto la cabeza, y surge de los joyeles recónditos, gotando amatistas y topacios...

Alguien grita en ese instante:
—¡Esa agua está llena de microbios!
Y desde el fondo de mis entrañas, la sed satisfecha contesta:
—¡Hermanos microbios! La creación es un solo cuerpo y una sola vida.
La frase parece verdadera por el círculo de su expresión ceñido al círculo del cosmos.

Entre tanto, Saturnino, con su cuchillo, quita la corteza de una rama verde, y el movimiento fulgurante del arma vierte relámpagos trágicos en las temblorosas pupilas de los corderos.

III

De nuevo los exploradores avanzamos hacia Fernandíño y el estero. El sol cenital, como un león cósmico, ruge su luz. Nuestro paso abre el fuego del aire. Algunos charcos casi secos encrespan el barro en pardas virutas, que como las hojas secas del otoño, crepitan bajo nuestros pies. La hora nos desafía con su inclemente salvaje. Los animales, cobijados bajo la sombra de las palmeras, se azoran ante la terquedad del hombre, y sus nervios, cuajados otra vez en la inmovilidad, se adormecen en el pesado sopor de la carne y de los huesos. El aire se ha desprendido de sus alas, y los grandes abanicos de las palmeras parecen olvidados en manos desmayadas. Se diría que el campo bosteza o duerme. La quietud infinita proyecta a nuestra alma el hastío de la monotonía. Cruzan, recortando sus finos perfiles en el aire, algunas garzas de elegantes y esbeltos dibujos. Una garza blanca, más tarde una garza rosada, más tarde una garza azul... ¿Son aves o son sueños de nuestra mente? La uniformidad desprende, a pesar de la luz, la sensación gris del tedio. Los ojos parecen sumergirse en un matiz interior, vago y ceniciento. La soledad se hace en cada uno, imperiosa. A medida que el paisaje no se renueva, el alma se teme a sí misma, y reduce sus ecos. Los temas se simplifican como se simplifica la llanura desierta. ¡Qué poco hay de profundo y perdurable entre el nacimiento y la muerte! Una vasta humillación arrodiña nuestros sueños. Sentimos dolorosamente que la vida se agota. El excesivo fulgor acaba por abatir los nervios. La hora de fuego pesa y mutila. El mediodía se ajusta sobre la llanura de los campos, como si fuese una llanura del tiempo. Los instantes no tienen latido propio. El corazón del día ha cesado. La fuerza de las imágenes acaba por borrarlas, y ya desnuda la creación, y ya desnuda nuestra propia intimidad, tocamos en lo eterno. Estupor, ansiedad, aniquilamiento... Gritamos a nuestros sentidos para evitar la excesiva desolación y el tremendo peso del infinito. Hemos evaporado la tierra en los nervios, y el alma reclama los pequeños encantamientos y las efímeras mentiras del astro. Y no obstante, seguimos nuestra marcha terca con más ardor que nunca. Y las pupilas anhelantes saltan de una a otra palmera. Y si un ala pasa de pronto estremeciendo el aire, o un reptil críspa su fuga entre la hierba, atamos la vida entera a la alegría del movimiento, para quebrar la quietud del hastío, para desprendernos de nosotros mismos, para oponer a la eternidad y a la extensión que nos devoran, la magia del color, la agilidad de la forma, y el golpe de las vidas breves sobre nuestra propia vida.

IV

De pronto, cortando la voz en los innumerables filos del pajonal, Saturnino nos dice:

—Vamos llegando al estero.

La paja es cada vez más verde y más alta y la carreta va sobre tierra más blanda y húmeda. El aire tiene un olor mojado. Los tábanos se prenden al lomo de



los caballos, y cada vez hay más pájaros. En cuanto termine este pajonal que casi no nos deja ver, empieza el bañado. Como hace tiempo que no llueve, debe estar un poco angosto. Tendrá como para unas treinta cuerdas. Más lejos ya se ven los cerros de Campo Alto.

No había terminado de hablar, cuando el pajonal quedó detrás de nuestra carreta y los caballos parecían aliviados después de tanto abrir el camino doblando la alta vegetación con el cuello y el pecho.

El estero estaba, pues, ante nuestros ojos, extenso y amplio, con la amenaza de sus bocas ocultas y la suave traición de su lámina de camalotes y de flores. Un leve vapor de ancho aroma vegetal emanaba de su potente silencio. Su franja de vida, sin un solo claro que hiciese visible el agua, semejaba una selva sumergida en un río apresado por la masa gigantesca de los ramajes y las hojas. Un oscuro maldito se enroscaba a la llama de la alegría. ¿Llegaríamos hasta la otra orilla? ¿De pronto un pozo profundo no alargaría el brazo de un titán orgulloso para sumergirnos por debajo del estremecimiento del aire y de las flores, y apagar así nuestra sangre en el oscuro lodo del fondo, entre la sed y el hambre de las raíces? Ningún placer como tentar lo desconocido y atravesar con miedo y audacia los tembladerales del peligro. Lugar la vida donde la vida misma ignora las intenciones del abismo.



PAJONALES QUE CIRCUNDAN EL BAÑADO



CAMPO ALTO DE FERNANDIÑO.



ESTERO DE FERNANDINO.

...mos decididos en el riesgo para en-
...cer los nervios y estimular en el hom-
... el hábito de la hazaña, empeñamos
... la lucha desigual para medir el tem-
... y crear el rojo sabor de la tragedia
... vida moderna, ante la naturaleza, e-
... masiado segura y amparada. La técnica
... llamado al astro. Todos los caminos los
... damos hechos... Mientras imagina-
... estos ardientes pensamientos, Satur-
... sonríe, empuña el látigo, estimula el
... que de los caballos, y la carreta, con
... carga humana, se va sumergiendo en
... agua y en el lodo, sobre el tejido es-
... de las plantas acuáticas y de las
... que sorben la vida del astro. Llegar
... exactamente al nivel mismo de los
... lotes. Se diría que estamos sostenidos
... sus flotadores y por sus hojas de tier-
... maticos verdes. Se nos comunica una
... sensación de savia que trasmite a
... el goce de los primitivos orige-
... Percibimos la fuerza vegetal del cre-
... miento, la absorción de la vida en lo
... química del agua y de la tierra
... ción gozosa de la raíz en el limo
... noso, que sube hasta la superficie
... estero, el tapiz de flores, abanicado por
... lloca de una brisa que hace vi-
... los pétalos y danzar el polen sobre la
... del amor.

... dónde más flores que en aquel de-
... vegetal del bañado? ¿Que sensación
... vital que la de sentir nuestra cance-

y nuestra carne sostenida por el entrela-
... zado laberinto de los camalotes? ¿Qué
... rumor más misteriosamente orgánico que
... el que crece del pecho de los caballos, y
... de las ruedas de la carreta al abrir la
... marcha sobre las superpuestas túnicas de
... las hojas y las ramas? Todos los elemen-
... tos se han dado cita en esa depresión de
... la llanura. El aire, que mueve una brisa
... de vaporosa delicadeza; la tierra profunda,
... cuyo tacto vacilante no deja de trasmitir la
... necesaria seguridad a la aventura; el agua,
... que ríe graciosa y diáfana entre la multi-
... plicidad plástica de sus verdes hijas; el
... fuego del sol, extremando el fértil abrazo
... de la luz en una exuberancia de apasio-
... namiento cósmico. Y agregad la sinfonía
... vegetal, el líquido informe atravesado por
... millones de formas, que en lo alto, sobre
... el verde tapiz, estallan en un delirio de
... flores, que se superponen en el aire para
... danzar en el capricho de la rosa de los
... vientos; pétalos blancos, lilas, dorados,
... violetas; cálices ebríos en el resplandor
... amoroso del mediodía; vía láctea de co-
... rolas; esmalte miriádico de estrellas vivas
... que al extender nuestras manos sobre
... ellas, transmiten a los nervios la delicadeza
... inigualada de la vegetación del estero.
... Imaginad todavía el chisporroteo de los
... insectos en errantes zumbidos, el tacto de
... sus alas de seda y oro en un aire perfu-
... mado con las tonalidades más suaves y
... finas de la fragancia vital, el vuelo pau-

sado y liviano de las garzas, el zigzag
... dardeante del martin pescador, y el on-
... deante, desatado y loco vuelo de las ma-
... riposas movido por la dulzura de la nup-
... cialidad. ¡Ah, sólo entonces concebréis
... nuestra marcha por el estero, la sensación
... arcana de beber con los ojos, con la má-
... xima porosidad de las pupilas, el impulso
... tremendo de la vida, en un instante en que
... nuestra propia vida parecería exaltar sus
... niveles hasta la última expansión del de-
... lirio dionisiaco!

Por un momento nuestro ser, en su más
... ardiente integridad, queda como absorbido
... por la profundidad cósmica del estero. Nos
... consubstanciamos con la actividad de los
... elementos, compenetrados nuestra concien-
... cia de existir con el estremecimiento del
... astro. Las sensaciones nos penetran y nos
... irradian a la vez. Nuestro ser se desgarró
... y se desborda. Somos en la existencia del
... agua, de la flor, de la raíz, de la luz, del
... aire, de la tierra. Nos reintegramos a la
... inmensa madre universal como en un de-
... seo de abrazarnos a ella, de perdernos en
... ella, de ser en su ser infinito. Mas de
... pronto el hombre grita su autonomía. Las
... potencias dispersas y diluidas en la des-
... mesurada oceanidad de la creación, cen-
... tran su esencia y su autenticidad unitaria.
... Sobre el desprendimiento vital, predomina
... el orgullo tiránico de la personalidad, y
... la pupila del contemplador dionisiaco re-
... cobra su separación, cumbre del hombre

en el drama inmenso en que cada forma
... de la voluntad vital, ejerce el imperio de
... su egolátrica jerarquía.

Restalla en el aire el látigo de Saturno.
... Nuestro rostro refleja una concentración
... dolorosa. El gaucha sonríe como al princi-
... pio, al sentir otra vez las ruedas sobre la
... tierra firme de la nueva orilla. Intimamen-
... te admiro su seguridad, su sencillez y su
... firmeza. El campo es el vasto imperio de
... su instinto. Veo un cetro en su látigo.

Todos miramos hacia atrás. El temblade-
... ral está vencido. Millones de flores vibran
... amorosas en una fecundación que eterniza
... el destino de la vida. ¡Vía láctea de pétar-
... los sobre un cielo de esmeralda! Los ojos
... se complacen en comparar el aspecto mis-
... terioso de las cosas. Ver, es separar unos
... seres de otros seres, limitarles, crear el
... contorno de cada destino. Comparar, es
... restablecer las armonías secretas, los ecos
... y correspondencias del pensamiento ocul-
... to, es sondear la intención del cosmos e
... investigar el orden en el gozoso caos de
... las sensaciones.

Tal el destino del hombre: Ver y domi-
... nar la visión con los números del alma.

Carlos SABAT ERCASTY.



INMEDIACIONES DEL ESTERO



HACIA EL ESTERO.

LA MUERTE DE STEFAN ZWEIG

DOBLEGADO por los sufrimientos propios y más aún por los de su raza, en esta época siniestra en que han resurgido los fanatismos y los rencores medioevales pretendiendo instituirse en normas del porvenir, acaba de quitarse la vida, a los sesenta y un años, Stephan Zweig, fuera de toda duda el escritor más leído y apreciado en el mundo en el curso de este último cuarto de siglo. Conoció a Zweig hace cinco años cuando el XIVº Congreso de los "Pen Club" celebró en Buenos Aires, del que era huésped de honor. Aunque asistió a todas las sesiones de aquel memorable conclave de escritores, muy pocas veces intervino en los debates, a pesar de que algunos de ellos, como el referente a la situación de los escritores germánicos, — en el que su compatriota Emil Ludwig tuvo tan destacada actuación, — debieron haberle interesado muy especialmente. Solo en una ocasión solicitó la palabra para pronunciar un discurso de homenaje a Wells, el gran novelista británico que hasta ese momento había presidido los "Pen Club". Expresándose en un correctísimo francés, — que fué, puede decirse, su primera lengua literaria, cuando frecuentaba a Rolland, Verhaeren y Barbusse, y escribía versos simbolistas, — hizo el elogio de aquel, poniendo de manifiesto la función social que el escritor debe desempeñar en el mundo. Con su voz un poco apagada y su gesto calmoso y correcto, entre otras cosas interesantes dijo: "Mis queridos colegas: en estos días habéis discutido ardentemente acerca del papel del escritor en la vida actual y me he sentido feliz de ver que no había un solo orador que concediera al poeta, al escritor, el derecho egoísta de sustraerse a las penurias de sus semejantes. Pero la mejor solución de un problema moral me parece siempre el ejemplo viviente y visible de un hombre. Y nuestro Wells ha comprendido admirablemente el deber social de un escritor... En horas de cúa íntima el artista tendrá una feliz inspiración si eleva su mirada hacia los que han llenado su deber humano con el mismo fervor ejemplar que su tarea literaria. Y es en este concepto que he evocado ante vosotros el nombre de Jorge Heriberto Wells. Wells no es solo un excelente artista. Es, en toda la fuerza del término, una potencia moral. Toda mano que se ha tendido hacia él, la ha tomado y estrechado entre las suyas. Toda injusticia la ha sentido y vengado. Toda amenaza contra la libertad lo ha encontrado apercibido. La divisa que Heine forjaba para sí mismo puede serle aplicada: "Un valiente soldado en la gran guerra liberadora de la humanidad".

Gran parte de esto, sino todo, podía aplicarse entonces al mismo Zweig, desterrado de su patria, — Austria, — y perseguido por el más feroz odio racial que ha deshonrado en estas últimas décadas al mundo civilizado. El era también, por sus libros y por su vida, un combatiente por la causa de la libertad y de la justicia, un soldado en la gran guerra liberadora de la humanidad. Recibido y considerado de acuerdo con sus méritos reconocidos, no encontraba en todas partes, — fuera de Alemania claro está, — más que admiraciones sinceras, homenajes y atenciones. Sus libros se vendían en ediciones de cientos de millares, traducidos a todos los idiomas; los grandes editores ingleses y norteamericanos se disputaban sus nuevas obras antes de estar concluidas; las academias, los gobiernos, la prensa y los públicos lo agasajaban de todas maneras. Después de residir temporariamente en Francia, en Gran Bretaña y en Estados

Unidos fué, finalmente, a anclar en el Brasil, país que ejercía sobre él una irresistible atracción, y al que, antes de morir, ha dedicado un libro que acaba de aparecer.

Esto quiere decir que, a despecho de todas sus desventuras, la situación de Stephan Zweig era incomparablemente mejor que la de la casi totalidad de los judíos expulsados de Alemania y Austria o encerrados en los inmundos "ghettos" y campos de concentración únicamente por el delito de ser judíos. No fueron, pues, tanto los sufrimientos propios como los sufrimientos de sus hermanos de raza lo que en una hora de suprema desesperanza lo decidió a quitarse la vida junto con su esposa. En uno de sus libros, Zweig dice: "La fé de los humanos, renovada eternamente, aguarda aún la posibilidad de una reconciliación general y se fortalece más esta esperanza en su corazón en los momentos en que son más grandes la confusión y el horror. El hombre no puede vivir ni trabajar sin la ilusión consoladora de que la humanidad es capaz de levantarse realmente a un plano moral más elevado, y que llegaran, al fin, la reconciliación y la comprensión generales". Su muerte, de acuerdo con tales conceptos suyos sólo puede explicarse como una consecuencia de la pérdida de esa fé en una reconciliación universal. El luminoso espíritu que había en él no estuvo completado por una fuerte voluntad. Joven aún, sano, en plena madurez mental, cuando trabajaba en libros universalmente esperados, como el "Balzac" y el "Garibaldi", rodeado por la estimación general, Zweig se ha eliminado como si ya nada más pudiera esperar de la vida y del mundo, empujado por una especie de atavismo fatalista que ha cumplido en él las inexorables determinaciones de la raza. En su última carta, explicando su gesto, ha dicho: "Después de haber visto caer al país de mi propia lengua y de ver cómo se está destruyendo a mi misma patria espiritual — Europa, — y siendo así que ya he llegado a los sesenta años, precisaría de una energía inmensa para reconstruir mi vida y mi energía agotada durante los largos años de peregrinación como un sin-patria. Creo que



STEFAN ZWEIG Y SU ESPOSA, DESEMBARCANDO EN MONTEVIDEO, DONDE EL GRAN ESCRITOR DIO UNA CONFERENCIA.

es tiempo de dar término a una vida solamente dedicada al trabajo espiritual y considerar la libertad humana y la mía propia como la mayor riqueza de la tierra".

Nuevamente aquí, como en uno de sus libros más celebrados, — la biografía de Romain Rolland, — vuelve a hablar de su "patria espiritual", aunque esta vez con distinto sentido. Stephan Zweig no ha podido soportar por más tiempo ese derrumbe de las cosas para él más queridas: la cultura, el arte, la tolerancia, la libertad, bajo el alud de los nuevos bárbaros para los cuales todos esos productos de refinamiento, de superación, son perfectamente

incomprensibles. Su tragedia ha sido la misma de algunos de los más selectos y elevados espíritus de la humanidad, los que eran y a pesar de todo seguirán siendo su orgullo: un Henry Bergson, un Einstein, un Freud, un Ludwig. Su fina sensibilidad no ha soportado el espectáculo del triunfo, — aunque sea temporario y efímero, — de la fuerza bruta y de la imposición analfabeta sobre los más respetables y eternos valores de la inteligencia humana, sobre los más generosos planes de paz entre los hombres de buena voluntad. Todo aquello que amó, a través de su agudeza excepcional, todo aquello por lo que luchó en años llenos y sonoros de entusiasmo y de esperanza, parece hundirse ahora bajo la maldición de un crepúsculo angustioso cruzado por relámpagos de sangre y de muerte. Toda una civilización, penosamente acumulada a lo largo de siglos de sufrimientos inenarrables en que la menor conquista ha costado ríos de lágrimas, generaciones de mártires, montañas de cadáveres y de ruinas, parece entrar, en forma muy distinta a como quiso verlo el genio de Spengler, en una oscura decadencia. Por eso se mató, porque no concebía la vida sino como una construcción amable y armoniosa, bajo el signo de la bondad y de la sabiduría, encantada por el amor y la fraternidad. En el fondo era un romántico que no se resignó a ir más allá de sus sueños despedazados, impotente ya para edificarlos de nuevo sobre las frías cenizas de los extintos.

Respetamos su voluntad y nos descubrimos respetuosamente ante sus gloriosos despojos. Pero lamentamos ese castigo que, dos veces víctima de la maldad ajena, se aplicó a sí mismo ese hombre inocente y puro que no quiso o no supo resistir hasta el final, y a pie firme, el embate de la violencia irresponsable contra él desencadenada. Tenía mucho que decir aún, ennoblecido ahora en la tremenda experiencia del dolor y del martirio. No tenía derecho a quitarse la vida porque no le pertenecía, porque pertenecía a la humanidad sufriendo y desorientada que necesita, hoy más que nunca, de voces como la suya para guiarla a través de los ardientes abismos que aullan a su paso. Nos quedan sus libros inmensos, que hablarán por él, especialmente sus biografías en las que su fresco espíritu desafiará victorioso todas las condenaciones, hogueras y cadalsos. Sobre todo ese "Costello: una conciencia contra la tiranía" en cuyas páginas inmortales vibra un canto triunfal al espíritu invencible, al que no lograrán dominar nunca los fanatismos, ni las persecuciones, ni la muerte misma en cuyo seno generoso vuelven a fecundar en silencio las ideas como grandes auroras inextinguibles anunciadoras de nuevos días!

Alberto LASPLACES.

Febrero 25 de 1942.

Cuidado del Cutis Durante el Verano

Hoy está perfectamente demostrado que para preservar el cutis de los malos efectos del sol y del aire fuerte no hay nada comparable a la glicerina de almendro pura. Se aplica con la yema de los dedos en la cara, manos y escote y su efecto es maravilloso. En cualquier forma se puede conseguir un frasco de esta glicerina de almendro que no contiene grasas y no permite el crecimiento del vello ni la aparición de pecas, manchas ni barrillos.



STEFAN ZWEIG A SU LLEGADA A MONTEVIDEO.

EL EPISODIO HERRERISTA



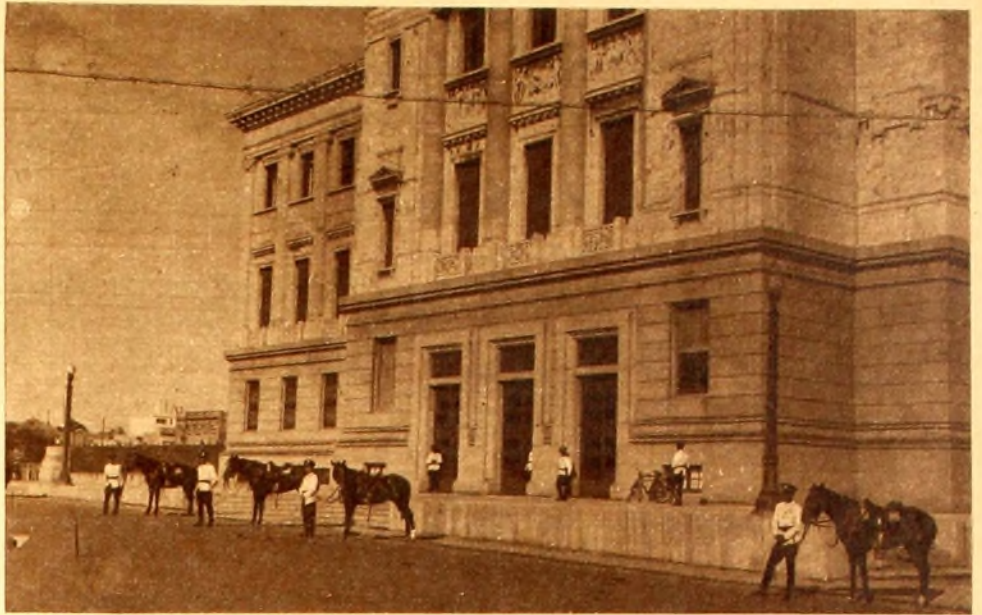
PARLAMENTANDO EN LAS ESCALINATAS DEL PALACIO.

Es notorio que, al aparecer cerradas las puertas del Palacio Legislativo, cercado por la fuerza pública, un reducido número de ex-legisladores herreristas formaron grupo con el Sr. de Herrera al frente, y luego de recorrer algunos clubes partidarios con propósito de robustecer la esmirriada columna, hubieron de dirigirse hasta el Parlamento, sin que todavía se haya podido establecer con cuál intención. Se ha dicho que, llegados a la explanada, los manifestantes levantaron un acta y firmaron todos un papel, pero luego se ha sabido, por haberlo manifestado públicamente el ex-presidente de la Cámara, Dr.

Morelli, que en el tal papel nada tuvo que ver, pues no se contaba entre los escasos componentes del grupo.

Lo cierto es que, llegados ante el Parlamento, parlamentaron con los representantes de la policía, quienes los invitaron a disgregarse, cosa que hicieron sin mayor empeño de oposición.

Nuestras notas gráficas registran ese episodio de la mañana del 21 de febrero, y servirán, como tantas otras que han registrado en estas páginas la vida nacional, para documentar ese suceso político cuya fuerza de oposición está a la vista en estas fotografías.



EL PALACIO LEGISLATIVO EN LA MAÑANA DEL 21 DE FEBRERO.



LA COLUMNA AL LLEGAR AL FRENTE DEL PALACIO.



LOS QUE INICIARON LA MARCHA.



LA DECISION DE UNA RETIRADA ESTRATEGICA.

POCHO antes de morir, Rabindranath Tagore publicó una carta que es una especie de testamento político. En ella contestaba a otra que Eleanor Rathbone había dirigido públicamente a algunos amigos suyos de la India. Esta diputado independiente, que representa en el parlamento a varias universidades inglesas, invitaba a los hindúes a olvidar pasados resquemores y diferencias y sumarse plenamente al resto del imperio británico en su lucha contra Alemania e Italia.

—“Usted — le decía al líder radical Pandit Nerhu — y la mayor parte de los hombres y mujeres que se destacan entre los partidarios de usted, tienen algún motivo para querer o por lo menos para estar agradecidos a Inglaterra. Ustedes han bebido copiosamente en los manantiales del pensamiento inglés; ustedes deben mucho a los maestros de Occidente y de modo especial a los ingleses, a los hombres de ciencia, a los sociólogos y también, sí, a los estadistas y políticos británicos, pues es aquí donde principalmente se ha estado forjando el gran experimento de las instituciones y libertades democráticas.

Esta carta exasperó al agonizante Tagore, que rechaza indignado el “gratuito sermón” de la parlamentaria inglesa. La cultura occidental — afirma colérico — hubiera podido llegar a la India por el vehículo de cualquiera otra lengua europea. Es probable. Pero lo cierto es que ni los portugueses, ni los holandeses, ni los españoles, ni los franceses, los otros europeos que hace tres siglos navegaban por los mares de Oriente, llevaron su cultura a la India, ni es de presumir que, aun en ausencia de los ingleses, la hubieran llevado, del mismo modo que tampoco la transportaron en grado apreciable a otros territorios del continente asiático. Y Alemania no comienza su expansión fuera de Europa hasta fines del siglo XIX. ¿Hubieran preferido los hindúes esperar hasta entonces? ¿Hubieran preferido quizás una dominación alemana o rusa, o de otro pueblo europeo o asiático, a la inglesa?

Ya sabemos cuál sería la respuesta de Tagore o la de Gandhi o la de Pandit Nerhu: que ellos, los hindúes, no quieren ninguna dominación extranjera. Pero es cierto también que el pueblo hindú, los “vaisyas”, los campesinos, y los “sudras”, el infimo proletariado, han vivido siempre bajo alguna dominación: primero, milenariamente, la de los señores indígenas, los “kshatriyas” o nobles, y los “brahmanes” o sacerdotes; luego, la de los invasores griegos, capitaneados por Alejandro Magno y sus diádocos o generales heredados; más tarde, la de los musulmanes, y finalmente, la de los europeos. Y si hoy no estuvieran allí los ingleses, estarían probablemente los nipones, que no son, con seguridad, mejores dominadores que los de Europa.

Durante miles de años, todos los pueblos del Asia hacen resonar con sus luchas los inmensos escenarios de ese continente; todos son sujetos de historia: los babilonios, los asirios, los judíos, los persas, los árabes, los mongoles. Todos, menos uno: los hindúes. Grandes en el pensamiento y en la poesía, parecen incapacitados para la acción. Pero esta pasividad, expresada en el Nirvana, esta condición que ha hecho del hindú uno de los pueblos más “imbell”, más pacíficos de la tierra, es más histórica que racial. Lo estamos viendo en esta guerra, como lo vimos en la anterior: el soldado hindú se bate como el que más. Si durante milenios el pueblo hindú ha sido sólo objeto de la historia, hay que atribuirlo en primer término a su sociedad estratificada, petrificada, que mataba el espíritu de libertad y además no producía los instrumentos necesarios para conquistarla y defenderla.

Tal situación está cambiando vertiginosamente. En poco más de medio siglo, la economía hindú ha experimentado una revolución tan extensa e intensa como la de cualquier país europeo o americano. Este es el milagro del gobierno inglés. Al principio los ingleses no buscaban más que mercados para su industria textil. Como la Grecia antigua, Inglaterra no mandaba por delante sus ejércitos ni sus escuadras. Son sus comerciantes los que recorren costearon todos los mares del planeta, y rara vez se internan en tierra firme, a ver si alguien quiere comprar sus productos. Primero, a espaldas del Estado. Después, con el apoyo, por lo general otorgado a regañadientes, del Estado, cuando el comercio, por su volumen, empieza a tener grandes riesgos. Al fin, cuando la empresa adquiere proporciones gigantescas y trasciende de la órbita puramente económica a la política, el Estado se incauta, por necesidad más que por apetencia de territorios, de las conquistas de los comerciantes: tal es el caso de la India.

No es el Estado el que se apodera a mano armada de países extraños para arrojarlos como presa imperial a la industria y el comercio de la nación, sino que son las clases industriales y mercantiles las que imponen el imperio al Estado, con frecuencia a desgana y hasta a disgusto de éste. Muchos de los que hablan peyorativamente del imperialismo inglés, como obra codiciosa y violenta del Estado británico, no suelen conocer sus orígenes ni su proceso.

LA COLONIZACION DEL ASIA INGLATERRA EN LA INDIA

Pero la India no se resigna a ser nada más que un mercado de los tejidos ingleses. Poco a poco toma la contraofensiva industrial. Primero se limita a exportar a Inglaterra sus materias primas, sobre todo yute, lana y algodón. Después el capital anglo-hindú crea en la colonia industrias textiles y de todo género que comienzan por competir con las inglesas y que, al paso que van, acabarán por desterrarlas — algunas, si no todas — de la India. Y el gobierno británico, a veces contra la airada oposición de sus industriales y obreros, favorece la prodigiosa industrialización de su colonia.

En 1894 el gobierno de la India establece una tarifa aduanera de un 5 por ciento sobre los géneros de algodón importados y otro 5 por ciento sobre el consumo interior. Los representantes parlamentarios de Lancashire, inclusive el diputado laborista Samuel Woods, protestan en 1895 contra esta tarifa que había causado el despido de siete mil obreros ingleses y permitía a la industria textil hindú expulsar los hilados

1941. Los bancos con capital hindú eran 16 en 1910. En 1917 había unas 2.000 grandes empresas industriales, ocupando a más de dos millones de obreros, y 1.800 plantaciones de té y café, con casi un millón de obreros. En 1880 no había más que 58 fábricas de algodón; en 1905, había 2.688. Las de yute, en el mismo período, subieron de 22 en 1880 (con un capital de 2 millones y cuarto de libras), a 78 en 1917 (con un capital de 13 millones de libras).

Durante la última guerra y en los años posteriores ha proseguido al mismo paso la industrialización de la India. En 1917, la red de ferrocarriles tenía una extensión de 36.135 millas (sin incluir algunas líneas pequeñas explotadas con capital hindú) y ocupaban a millón y medio de obreros. En 1936-37 (según el “Statesman's Year Book”, 1939), la longitud de líneas férreas alcanzaba a 43.128 millas, con un capital de unos 560 millones de libras. En 1936 trabajaban 7.624 establecimientos dedicados a las industrias del algodón, yute, ferrocarriles y tranvías, arroz, maquinaria, electricidad, imprentas, cueros, buques, le, fundiciones de hierro y acero pozos y refinerías de petróleo, lana, azúcar, motores y vagones, tabaco, papel, seda, etc. Sólo de carbón produce 23 millones.

En 1938 exportó la India por valor de 139 millones de libras, pero a Inglaterra sólo 55 millones, menos de la mitad; e importó por 119 millones de libras, pero de



de Inglaterra no sólo de ese país colonial, sino también de la China y el Japón. El resultado fué rebajar la tarifa y el impuesto interior a un 3,5 por ciento.

En 1903, otro diputado laborista, D. J. Shackleton, pide la abolición de esa tarifa como perjudicial para la industria y el proletariado británicos. Lo justo y conveniente para todos — decía — es el libre cambio. El gobierno defendió la tarifa en interés de la India, y la propuesta de la minoría laborista fué desechada. Más tarde, en 1917, en agradecimiento al empréstito de 100 millones de libras que la India aportó a los gastos de guerra, el gobierno inglés anunció su propósito de elevar la tarifa del 3,5 a 7,5 por ciento. Los industriales y los obreros volvieron a poner el grito en el cielo, y el diputado laborista Philip Snowden, futuro ministro de hacienda y lord, amenazó con ir a Lancashire a sublevar al proletariado textil. Como se ve, todo esto dista mucho de la tiranía económica que los ingleses han ejercido en todo tiempo en la India al decir de algunos nacionalistas.

No es posible en un artículo dar una idea exacta del enorme desenvolvimiento industrial de la India en lo que va del siglo; pero unas cuantas cifras harán entrever el volumen de su transformación económica. De ser todavía a mediados del siglo XIX un país precapitalista, sin otra producción que la agricultura y la industria doméstica milenaria, se convierte en una de las economías más pujantes del mundo.

Según un autor nada sospechoso de benevolencia para Inglaterra, el comunista hindú Manabendra Nath Roy (cito de la edición alemana de un libro suyo, “Indien”, Hamburgo, 1922), el número de sociedades anónimas subió de 1.530 en 1905, a 2.061 en 1910, y a 2.545 en 1914. El capital invertido en la industria (sin contar los ferrocarriles) era de 73 millones de libras esterlinas en 1908, de 109 millones en

Inglaterra sólo 37 millones. Cada año Inglaterra importa más y exporta menos a su colonia, es decir, cada vez se desnivele más su balanza comercial con la India. Y ésta es ya no sólo un serio concurrente en el propio país, sino también en otros países asiáticos, y mañana puede serlo en las demás posesiones británicas y acaso en la propia Inglaterra. Su inagotable riqueza agrícola y en numerosos y preciosos minerales, y la explotación intensiva a que ya se la está sometiendo, aseguran a la India un eminente porvenir histórico.

Todo esto, claro está, a Tagore, como a Gandhi, le tenía sin cuidado. No veían en la industrialización de la India un bien presente y un mayor bien futuro, sino un mal radical. La industria, evidentemente, trastorna en sus comienzos la vida de los pueblos, al aniquilar el trabajo doméstico y arrojar al arroyo a millones de seres; pero sólo en esta revolución económica puede fundarse una auténtica soberanía. Comparado con su inmensa población — 153.000.000 de habitantes en 1931 — lo realizado por Inglaterra en la India y por la propia burguesía hindú naciente parece una gota de agua en el mar; pero piénsese lo que puede ser ese país dentro de un siglo: por su población y su industria, una de las grandes potencias de Oriente, ante la cual los mismos japoneses tendrán que inclinarse a sus ambiciosas cabezas.

Sin industria no hay poder en los Estados modernos, y su futuro poder, obra de su industrialización, a Inglaterra en primer término se lo deberá la India. La carta de Eleanor Rathbone no era precisa. No es un accidente que el nacionalismo hindú haya hecho su aparición con el crecimiento económico. Si no todavía el hecho de la independencia, el sentimiento, sí, se lo debe también la India a Inglaterra. Pero es posible y aun probable que, cuando sea más poderosa, bastante poderosa para ser independiente, no quisiera entonces serlo, como no quieren los Dominios británicos,

por un egoísmo bien entendido. Una península con tan extensa costa necesitaría para defenderse una gran escuadra; pero las grandes escuadras son muy costosas, y por mucho que hoy y mañana le cueste a la India la parte alícuota de la inglesa, siempre le costará mucho menos que una escuadra propia y estará mejor protegida por el imperio británico que por su fuerza exclusiva.

La soberanía de los países económicamente atrasados es un bello sueño, pero una realidad imposible en el mundo que vivimos. El retorno a la placidez de la industria doméstica, como quisiera Gandhi y como acaso también quería el poeta Tagore, es otro sueño arcaico no menos imposible. Hace tres siglos se reunía en Valladolid una junta de teólogos por orden de Carlos V. El tema de discusión era si España tenía o no derecho a dominar en la América recién descubierta. Había dos bandos. Uno, de los imperialistas a ultranza, que afirmaba el derecho del emperador, como emperador universal, a extender su dominio a todo el haz de la tierra, o el derecho del Papa a delegar en un soberano la cristianización de aquellos infieles, o simplemente el derecho del monarca español, como quería Sepúlveda, a tutelar unas criaturas ignorantes y desvalidas que, como los indios, habían nacido, según la idea de Aristóteles, para ser esclavos. El otro bando era el de Bartolomé de las Casas, el gran protector de los indios americanos: éstos como hombres iguales en Cristo a los demás, no debían ser sojuzgados por España ni por nadie.

Ambos bandos estaban equivocados y la verdadera solución, para entonces y para siempre, la dió el genial Francisco de Vitoria. Siendo una la humanidad y en cierto modo comunes los bienes de la tierra — era su tesis — todos los pueblos tienen derecho a comunicarse y comerciar con los demás. Pero si un pueblo niega a otro este derecho natural y le cierra sus puertas u hostiliza a sus peregrinos una vez que han entrado en su territorio, será justa la guerra que se le haga y la dominación que, si fuere necesario, se le imponga. O sea: no hay soberanía absoluta.

Ningún pueblo tiene derecho a monopolizar sus riquezas naturales, ni — diríamos hoy — a dejar que duerman esterilmente en las entrañas de su territorio. La tierra es un patrimonio universal, y si los ocupantes de una de sus parcelas nacionales no quieren o no pueden o no saben extraer y poner en circulación sus riquezas, otros más diligentes o hábiles tienen derecho a hacerlo; cierto, con el menor daño y la mayor dulzura posibles. Esa fué la doctrina del teólogo De Vitoria, justa como ninguna, aunque su aplicación se haya envilecido a menudo con excesos y crímenes.

Con tal doctrina coincide, en su esencia, el autor de unos artículos que sobre la colonización británica de la India se publicaron en 1853 en la “Daily Tribune”, de Nueva York.

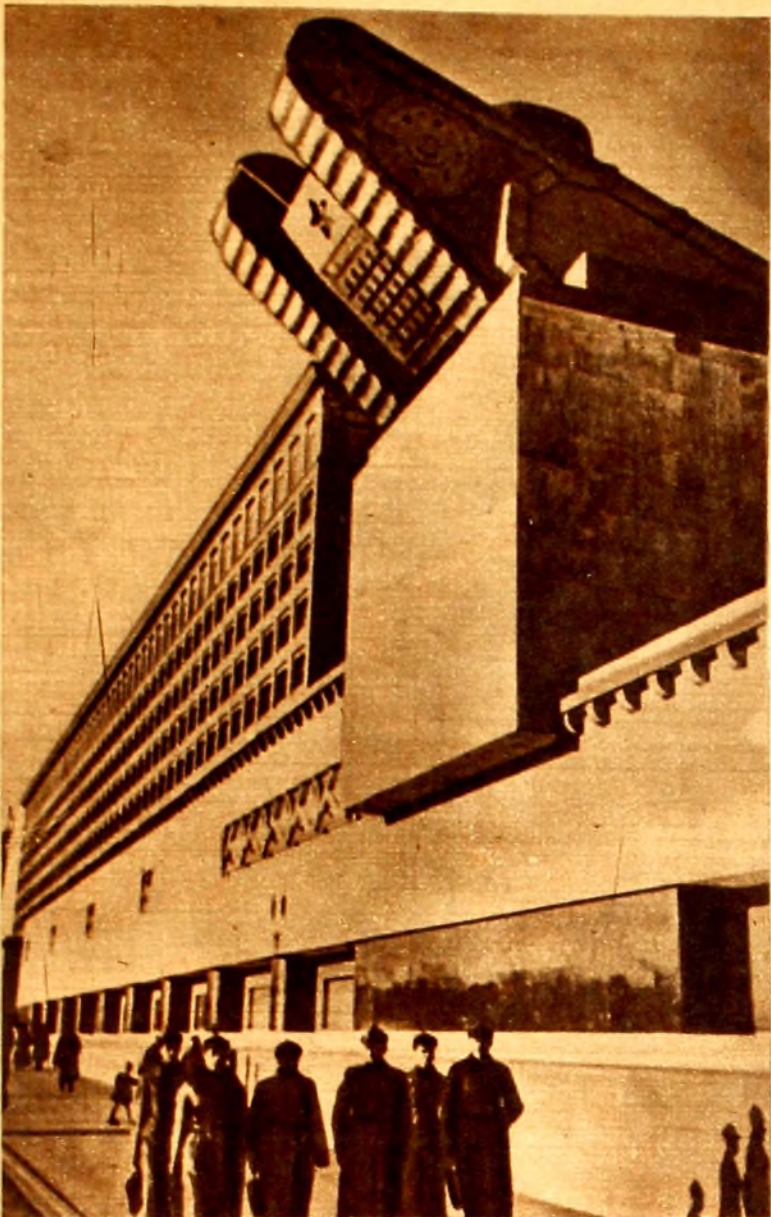
“La sociedad hindú — dice este autor — parece de toda historia, por lo menos de historia conocida. Lo que llamamos su historia no es sino la historia de los intrusos sucesivos que fundaron sus imperios sobre la base pasiva de esa sociedad sin resistencia y sin cambio. La cuestión, por lo tanto, no es si los ingleses tenían derecho a conquistar la India, sino si tenemos que preferir la India conquistada por el turco, por el persa, por el ruso, a la India conquistada por el británico.”

Para el autor no hay duda en la preferencia: “Inglaterra — añade — tiene que cumplir una doble misión en la India: una, destructora; la otra, regeneradora; aniquilar la vieja sociedad asiática y echar los cientos materiales de la sociedad occidental en el Asia. Los árabes, turcos, tártaros, mongoles, que sucesivamente invadieron la India, se “hinduizaron” pronto, siendo los conquistadores bárbaros, por una ley eterna de la historia, conquistados ellos mismos por la civilización superior de sus súbditos. Los ingleses fueron los primeros conquistadores superiores y, por lo tanto, impenetrables a la civilización hindú.”

La desaparición de esas comunidades indias, a base de la industria doméstica, por obra del industrialismo europeo, será todo lo triste que los Tagore y los Gandhi quieren; pero, aparte de que su constitución era también el fundamento del despotismo y el feudalismo más bárbaros en ese país, nuestro autor se pregunta: “¿Puede la humanidad cumplir su destino sin una revolución social del Asia?” Si no puede, como cree el autor, “ella (Inglaterra) ha sido el instrumento inconsciente de la historia para realizar esa revolución.”

Sorpréndanse los que se imaginaban que el marxismo era rabiosamente anti-imperialista: las palabras transcritas son de Carlos Marx. No estaba éste de acuerdo — ya puede suponerse — con todo lo que los ingleses han hecho en la India; pero la obra de los tejedores de Lancashire en ese país es “la única revolución social” de que hay noticia en el Asia”, dice, y con eso sí estaba completamente de acuerdo. El gran teólogo español y el gran socialista alemán se dan la mano, por encima de los siglos, en la interpretación de la historia.

Luis ARAQUISTAIN.



LA MODERNA ACADEMIA MILITAR FRUNZE, EN LA CAPITAL SOVIETICA, UNO DE LOS EDIFICIOS QUE FUERON CONSTRUIDOS EN LOS ULTIMOS AÑOS EN MOSCU. CADETES SOVIETICOS PASAN POR LA VEREDA DE ESTA MODERNA ACADEMIA, CUYA VISTA EXTERIOR SE PUEDE APRECIAR BIEN EN ESTA FOTO.

EL "NORMANDY" ANCLADO EN LA BAHIA DE NUEVA YORK, A BORDO DEL QUE SE PRODUJO MISTERIOSAMENTE UN GRAN INCENDIO.

Sr. ANTONIO RIOS, PRESIDENTE ELECTO DE LA REPUBLICA DE CHILE.



EL EX "NORMANDY" EMERGIENDO DEL COSTADO SOBRE LOS HIELOS DEL RIO HUDSON, SEMEJANTE A UN ENORME CETACEO. ACTUALMENTE EL EX "NORMANDY" ERA UNA NAVE AUXILIAR NORTEAMERICANA CON EL NUEVO NOMBRE DE "LAFAYETTE". ESTA FOTO FUE TOMADA POCO DESPUES DE HABERSE TUMBADO LA NAVE A CONSECUENCIA DEL AGUA QUE PENETRO EN SUS BODEGAS AL TRATAR DE DOMINAR EL FUEGO DE SU INTERIOR.



BRASIL Y SU PODERIO MILITAR. LAS MAS RECIENTES FOTOS DADAS A PUBLICIDAD MUESTRAN LA IMPORTANCIA

DEL PODERIO MILITAR DEL VECINO PAIS, QUE CUENTA EN LA ACTUALIDAD CON UN EJERCITO DE 92.000 HOMBRES Y

296.318 RESERVAS ADIESTRADAS, ASI COMO UNA FUERZA AEREA DE 3.675 HOMBRES. SU MARINA ESTA COMPLETAMENTE MODERNIZADA. APARECE EN LA FOTO UNA DEFENSA COSTERA, CON LARGO ALCANCE. DEFENSAS COMO ESTAS DEFIENDEN LOS PUNTOS DE LA LINEA COSTERA DEL BRASIL.



ALMIRANTE STANDLEY, NUEVO EMBAJADOR ESTADOUNIDENSE EN RUSIA.

CANAS



NO DESTRUYA SU CABELLERA CON EL USO DE TINTURAS

Use LA CARMELA, que es un producto de confianza consagrado en el mundo entero. LA CARMELA devuelve al cabello su color natural en pocos días sea rubio castaño o negro. Es de uso cómodo y agradable y no mancha la piel ni la ropa. Destruye la caspa y evita la caída del cabello.

PUEDE LAVARSE LA CABEZA Y HACERSE LA PERMANENTE En Farmacias y Perfumerías

AGUA DE COLONIA
LA CARMELA

Dep. Uruguay 842 - Tel. 84431-32 - Montevideo



"MEISI ERA UNA DAMA"

ANN SOTHERN Y LEW AYRES ENCABEZAN EL REPARTO DE LA COMEDIA "MEISI ERA UNA DAMA", QUE ACTUALMENTE EXHIBE CINE METRO.

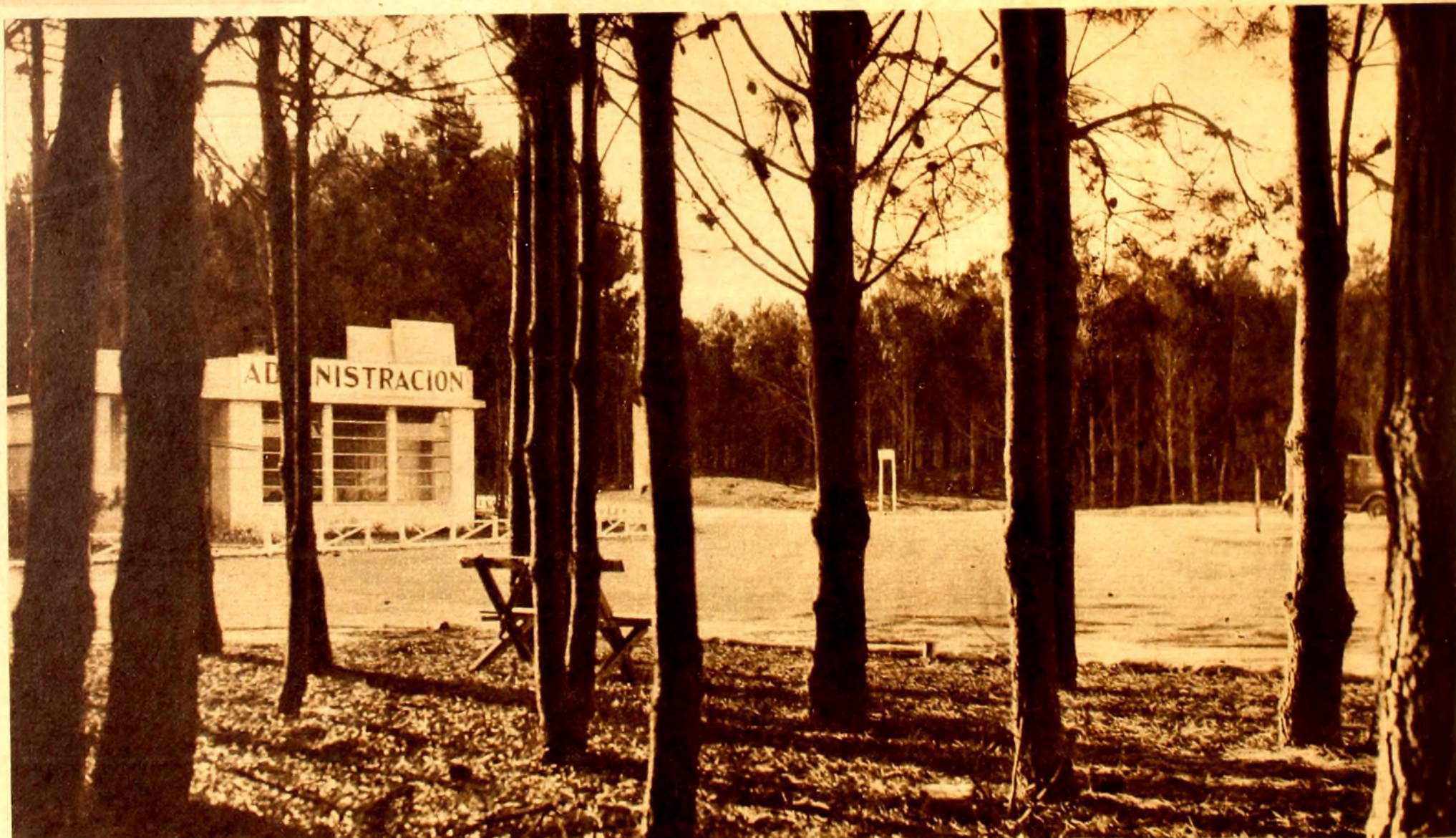


"MADRE TIERRA"

LA GRAN PRODUCCION METRO GOLDWYN MAYER DE LUISA RAINER Y PAUL MUNI, QUE HA OBTENIDO UN RESONANTE EXITO A RAIZ DE SU ESTRENO, SE VOLVERA A EXHIBIR DESDE EL VIERNES EN CINE METRO.

CINE

LA FOTO ARTISTICA



Edificio de la Administración visto a través de un sector de la "Plaza Arancaua".
PARQUE DEL PLATA.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS
ACCIONES BÉLICAS



TARZAN RECOBRÓ EL CONOCIMIENTO, TAAMA SE APRESURÓ A DESATARLO; EL HOMBRE MONO SE ENDEREZO.



"ESTOY AGRADECIDO" DIJO, PERO AHORA VOY A SEGUIR MI CAMINO SIN MOLESTARLOS MAS A USTEDES"



"OH, NO!" ROGO' LA DONCELLA; NUESTRO VIAJE ES PELIGROSO; LE SUPLI- CO QUE SE VENGA CON NOSOTROS; YO ME SENTI- RIA MUCHO MAS SEGURA"



TARZAN ACCEDIO. DESPUÉS DE TODO, SU CAMINO MAS CORTO HACIA SUS LARES SE EFECTUARIA ATRAVESANDO EL DESIERTO.



TARZAN, LE DEVOLVIO, AGRADECIENDO, EL CAMELLO A NUMALI. EL SHEIK CONTESTO CON UNA HOSCA MIRADA.



TAAMA ERA FELIZ. ELLA NO TEMIA EL VIAJE POR EL DESIERTO; ELLA HABIA MENTIDO CON OBJETO DE TENER ATARZAN A SU LADO.



ELLA IGNO- RABA, ENTRE TANTO, QUE UNA GUERRA ARRASABA EL NORTE DE AFRICA, CON AUDACES ASAL- TOS Y TURBU- LENTAS RETI- RADAS.



EN ESA REVUELTA UN MESTIZO AMBICIOSO VIO SU OPORTUNIDAD.



ROBO' UN UNIFORME DE GENERAL, REU- NIO' UN CUERPO CON ASKARIS VAGABUN- DOS Y ORGANIZO SU EJERCITO PROPIO.



MARCHO HACIA EL SUR, SE APODERO' DE UNA FORTALEZA ABANDONADA, E INICIO SU ACCION DE CONQUISTA Y LATROCINIO.

SE HIZO LLAMAR EMPERADOR DE LAS MONTAÑAS Y EL DESIERTO; IMPUSO SU CRUEL PREDOMINIO A PURA FUERZA.

2GARTH-



ASI QUE UN DIA TARZAN DISTIN- GUIO UNA LEJA- NA NUBE DE POLVO QUE LEN- TAMENTE DE- JO VER UNA TROPA DE ASKARIS.

Casa Soler

INTERESANTES OFERTAS

PARA COLEGIALES



DELANTAL
en dril cuello
festoneado
talle 5 y 6
\$ 2.40
Aumento 0.20
cada dos talles

DELANTAL
en piqué cue-
llo festonea-
do talle 5 y 6
\$ 2.75
Aumento 0.25
cada dos talles

GUARDAPOLVO
en trué la-
vado talle
4 y 5
\$ 2.00
Aumento 0.15
cada dos talles

DELANTAL
en madapo-
lán talle 4 y 5
\$ 1.60
Aumento 0.10
cada dos talles

DELANTAL
en dril ta-
lles 36 al 48
\$ 3.50



GUARDAPOLVO
en brin es-
cuela talle
4 y 5
\$ 2.75
Aumento 0.25
cada dos talles

DELANTAL
en dril ta-
lle 5 y 6
\$ 2.15
Aumento 0.20
cada dos talles

GUARDAPOLVO
en madapo-
lán talle 4 y 5
\$ 1.40
Aumento 0.10
cada dos talles

TUNICA en
madapolán
talles 40 al 54
\$ 2.20

GUARDAPOLVO
en dril ta-
lle 4 y 5
\$ 2.15
Aumento 0.15
cada dos talles

EN NUESTRAS TRES CASAS

SUC. CORDON
Av. 18 DE JULIO 1601
ESQ. CARLOS ROXLO

CASA MATRIZ
Av. AGRACIADA 2302
ESQ. M. SOSA

SUC. GOES
Av. GAL FLORES 2341
ESQ. M. BERTHELOT

CORBATA
colegial de
seda azul
\$0.45, 0.35 y
\$ 0.25



CARTERA
en cuero lus-
trado 30x22
\$ 1.70



CARTERA
en cuero imi-
tación pecarí
34 x 27
\$ 3.60



CARTERA
en suela lus-
trada cosi-
da a mano
27 x 21
\$ 2.20



CARTERA
en suela lus-
trada 33x25
\$ 2.00



CARTERA
en suela lus-
trada 29x22
\$ 1.10



CARTERA
en cuero imi-
tación pecarí
29 x 23
\$ 2.20



CARTERA
en suela lus-
trada 27 x 21
\$ 0.95



ALCANCIAS
de madera
\$ 0.45, 0.28,
0.20 y
\$ 0.12



CLIENTES
DEL INTERIOR
EFECTUEN
SUS COMPRAS
CONTRA
REEMBOLSO